EL LIBRO DEL TRÓPICO




DE EL SALVADOR


DE EL SALVADOR

ARTURO AMBROGI

EL LIBRO DEL TRÓPICO



1915

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS:

Marginales de la Vida.
Sensaciones del Japón y de la China.
El Libro del Trópico.

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN:

Don Jacinto.
Las Vidas Opacas.

EN PREPARACIÓN:

El Alma Indígena.
Historia de Malespín.
Anastasio Aquino Rex



EL LIBRO DEL TRÓPICO


DE EL SALVADOR

LA SIESTA


DE EL SALVADOR

El cielo, de un azul de cobalto, intensísimo, resplandece a la hora meridiana. Ni la silueta de la más pequeña nube diséñase en la luminosa hondura de la atmósfera. Sin una arruga, sin un ligero pliegue, sin la menor empañadura, el cielo canicular se extiende limpio y radioso, como el metal repujado en el fondo de un formidable escudo.

El sol, es como una rodela de hierro candente, clavada en el cenit. Crepita. Quema y ofusca. Bajo sus rayos, que caen perpendicularmente y corroen la tierra amodorrada y reseca por la dilatada sequía, los follajes despiden lustres de reciente barnizaje.

Se siente la vida que germina, la vida que palpita, vehemente, bajo el bochorno, en esa tierra desflorada por el arado. En los surcos paralelos, la simiente va surgiendo en tiernos verdores que aterciopelan suntuosamente las planitudes infinitas de las llanuras, o las curvas gallardas de los altozanos y de los collados.

El aire que sopla es sofocante como el hálito de una fragua.

—«Lloverá»—dice el mocerío que almuerza en el corredor de la casa, de cuclillas, formando rueda a los rimeros de tortillas



y a las tiznadas sartenes en que los frijoles sobrenadan en un caldo bituminoso.—«Lloverá...por *la* calor, patroncito.»

Puede que sea así.

Estas buenas gentes tienen una gran experiencia. En estas rudimentarias cuestiones meteorológicas casi nunca se equivocan. Llevan, encasillado en el cerebro, su calendario, más perfecto y certero que el Brístol afamado y popular de las boticas.

Y yo pienso que, en efecto, el celeste riego vendría como de perlas.



* * *

El calor hace salir de sus cuevas a los *garrobos* que van a tomar su ración de sol. En alto el hocico abierto, como implorando frescura y, restirada la cola nudosa, se extienden sobre la corteza de algún derribado troncón; o bien se quedan a las orillas mismas de los piñales, recostados muellemente en la apacible blandura de las hojas marchitas. Es también el momento en que, enervados por el bochorno de la hora, los zopilotes dormitan en las ramas anquilosadas del viejo *copinol*, casi descascarado y encanecido por los escabros y los musgos, como por una nieve de años. Dormitan los zopilotes enervados, caído el pico, desplumada el ala, enlutando con su fúnebre color la blancura calcárea del esqueleto del viejo *copinol*. La culebra, tendida a lo largo, entre el polvo de las veredas, se confunde con los pedazos de bejucos tostados, que ruedan al acaso. Su ensimismamiento no es tanto que le impida, al menor ruido de pasos que se aproximan, escurrirse elásticamente, dejando apenas tras de sí ligero rastro ondulante. No hay canto de pájaro que raye el pesado silencio. Es apenas el zumbido



incesante y pertinaz de una nube de moscones, que, revoloteando sobre unos montones de estiércol apilado en un ángulo del corral, parece querer arrullar con una monótona canturria el dormitar de un grupo de gallinas encaramado en los brotones de *tempate* de la cerca. Al otro lado de ésta, ya hacia al campo libre, dos parejas de cerdos se revuelcan, tranquilos, en una ciénaga. Los cerdos se revuelcan, fruídos; remueven el lodo, se lo echan encima con las trompas; procuran quedar medio sepultos en aquella tibia envoltura; gruñen voluptuosamente; se rascan los unos contra los otros; mueven las orejas con pesado ritmo; agitan la cola pelada y engarabatada como un cínico interrogante, sucios y repulsivos, sin sospechar que sus gloriosos antecesores fueron sacrificados a Ceres por los atenienses que se iniciaban en los misterios eleusinos, y que su sangre (que hoy sirve para embutir prosaicos chorizos) sirviese entonces para rociar los bancos de piedra de los Prltaneos, en el Agora, y así purificar el recinto de la Asamblea. Ni tan siquiera, los ignorantones, tienen noticias de la ternura con que relatara las travesuras de sus semejantes, en fluída y amena prosa teniana, el sarmentoso e irónico Monsieur Federico Tomás Graindorge, doctor en Filosofía de la Universidad de Jena, y socio principal comanditario de la casa Graindorge and Co. (Petróleo y Cerdo Salado) en Cincinnati, Estados Unidos de América.



* * *

A la sombra del amate, que despliega su enorme parasol de hojas aporcelanadas sobre un extremo del patio, los bueyes, después del rudo trabajo de la mañana, duermen la siesta. Echados, con la cabeza encorvada y los grandes ojos entrecerrados, están como sumidos, con toda la beatitud que el caso requiere, en algún ensueño edificante; y rumian, maquinalmente, las últimas tostadas hebras del *huate*. De su hocico, húmedo y lustroso, escurren hilillos de baba verdosa. A intervalos se sacuden las moscas, las grandes moscas negras que les asedian, con breves y enérgicos escobillonazos de cola. Cerca de este grupo yacente, hay más bueyes todavía: bueyes barrosos, bueyes hoscos, bueyes overo achiotes, bueyes bermejos, bueyes negros, pringados de blanco. Van, desperdigados al acaso, ramoneando, al capricho, entre las malezas, los retoños tiernos, o arrancando, a tirones, las guías de las enredaderas que entre las pencas del piñal se entretrenzan. Uno de ellos, aislado, se restriega de costado contra el tronco de un *jocote*. El árbol, sacudido, deja caer sobre el buey pardo una profusa lluvia de hojas marchitas. Otros dos se



persiguen en juego brutal de cornadas y topetazos, como en un húmedo idilio de Bión, o en una melosa égloga de Virgilio. Un buey hosco, bermejo y blanco, está arrimado junto a otro blanquizco pintado, zonto, y apoya la cabeza sobre su cuello. Así, ambos forman un grupo verdaderamente digno de un pincel flamenco.



* * *

En el potrero propincuo, separado del patio de la hacienda por una cerca de alambre espigado, de cuádruple hilada, entre el zacatón que yergue sus lanzas verdegueantes y ondulosas, la charca hace relucir sus aguas estancadas, como un espejo de estaño. Una pareja de *chavelonas* zabulle allí sus cabezas y remueve con sus picos en forma de espátula de barro la linfa adormitada, cubierta de una ligera película de grasa. En las orillas de la charca forma orlas de encajes la *espuma de sapo*. Las *chavelonas* tienen el plumón del pecho de un tinte gris de plomo. Las alas de un lila puro, lila de acuarela, ribeteadas ligeramente de negro en los bordes. En la cabeza, cual plumas sobre un tocado femenil, llevan un copete del azul mismo de la bandera francesa. Su canto, de noche, semeja una carcajada burlesca que estallara en toda su fuerza para acabar desvaneciéndose en una sutil fuga musical. Y son, sin duda alguna, las carcajadas de las *chavelonas* las que la gente sencilla toma por las de la *Ciguanaba*. Oída esa risa por vez primera, en el silencio y la soledad de la alta noche, causa pánico. Aun sa-



biendo su origen, no deja de causar un ligero escalofrío de pavor, tal vez por lo macabro que ese canto agorero evoca. Es chocante, a la vez que espantosa y burlesca. Imaginaos la carcajada de una vieja ébria y desarrapada, que el eco multiplicara hasta lo infinito.



* * *

En la solana del rancho que sirve de cocina, y en cuyo poyo humean todavía los tizones, las mujeres, sentadas en sus *cucas*, al rededor de la ancha canasta, desgranan maíz. Una lluvia de granos chorrea por entre sus dedos infatigables. Van mondando, una a una, las mazorcas apiladas a un lado. Algunas gallinas glotonas, a las cuales el sopor de la hora no logra vencer, avizoran algún grano caído al acaso, sobre el que se precipitan a un mismo tiempo en un loco remolino de plumas y entre cacareos estrepitosos. Un perro flacucho se rasca las pulgas, echado junto a los tarros del *nistamal*, al pie de una piedra de moler; mientras otro, con un pedazo de tortilla petrificada en el hocico, va a refugiarse a la sombra de un cuero de res que se halla abandonado contra una pared.



* * *

Se percibe claro, preciso, viniendo de la otra orilla del río, el golpear de los mazos en las piladeras en que se está sacando arroz. Y las chicharras, desde las ramas más altas del *jocotal* comido por las parásitas, afilan hasta desesperar la estridente ácida nota de sus élitros. Cuando todo enmudece, cuando todo traspira de sofocación, cuando todo dormita bajo el ardor impetuoso del medio día, son las chicharras, invisibles en las sumidas de los árboles, ébrias de sol y de sequía, las que canturrean como arrullando el pesado bochorno de la Naturaleza.



LA PESCA BAJO EL SOL




DE EL SALVADOR

En medio del río, el pescador, desnudo como un Discóbolo, arroja la atarraya. La atarraya se eleva por sobre la cabeza del pescador, se despliega totalmente y cae sobre la linfa espejeante, sutil y resplandeciente al sol del medio día, como una desmesurada tela de araña.

Se ve, claramente, cómo se despliega y cómo cae la atarraya sobre la tersa superficie del agua. Y cómo en seguida se sumerge, cómo se encoge, cómo se borra la trama complicada de sus hilos, hasta desaparecer en el fondo, dejando apenas rastro de su paso en una serie de círculos concéntricos que se dilatan y se extienden hasta disolverse. El agua vuelve entonces a cobrar su tersura de moaré.

El pescador espera. Tranquilo, ligeramente resguardado por las anchas faldas de su charra de hiladillo (amarillenta por el efecto de los constantes aguaceros) podría estarse allí clavado por una eternidad, esperando el resultado, en esa misma actitud, inmutable como una deidad indígena de río.

El cuerpo del pescador es moreno. Es fuerte, musculoso. Toscamente moldeado en el barro de la tierra, atezado luego por el



aire libre de las montañas y robustecido por las pujantes faenas. Las espaldas, anchas y nudosas, están requemadas por el sol. Tienen ese color obscuro y aceitoso del cacao. Y por toda aquella piel curtida y sudorosa, parece correr un tremante reflejo escamoso. Fuerte el cuello taurino. Nervudo el brazo, acostumbrado a empuñar el hacha que derriba y desmenuza en rajas los grandes árboles y a manejar el arado que desflora la tierra y deja el surco abierto y listo a la fecundación. Los hombros parecen formados, únicamente, para soportar sin fatiga alguna todo el peso de un tronco de *copinol;* y la mano, despatarrada y velluda, tiene, empuñando la liga, configuraciones de garra que hace presa. El ojo de gavilán, adusto y fiero bajo las cejas cerdosas y apretadas, está fijo con insistencia en el sitio en que la atarraya sumergida comienza a removerse ligeramente. Y el pescador, desnudo, en aquella actitud inmoble, evoca la imagen de una raza desaparecida, de una raza sana y libre, vaciada en pardusco barro en un molde que se rompió para siempre.

La calcinante atmósfera no afecta en lo más mínimo al pescador. Parece que fuera de bronce. Parece no sentir. Ni un solo músculo se altera. Por su piel curtida, no corre el más ligero estremecimiento. El viento pasa por él, de largo. El sol le modela, íngrimo, dominado sobre el luminoso fondo del paisaje.

La tarea del pescador tiene algo de beatífica. Mucho de primitiva sencillez. Arroja la atarraya en un soberbio gesto. Espera. Y luego, calmoso, pausado, la retira. Si surge henchida, su labio marchito se pliega en una mueca leve y fugaz, que pudiera muy bien ser la sombra de una sonrisa. Al retirarla vacía, ni la silueta de un gesto deja



adivinar su despecho o su fastidio. Desenreda de nuevo los hilos, la escarda de las guijas, de las hojas podridas, de las ramillas que ha recogido. Con tranquilidad, afirma la plomada. Y la atarraya vuelve a ser tremolada. Vuelve a desplegarse, cuan amplia es. Y vuelve a caer, extendida en el agua como una desmesurada tela de araña. El pescador vuelve a quedar inmoble, el ojo fijo, clavado con tenacidad en el sitio por donde ha desaparecido la atarraya. El pescador espera, espera.

Aquel acto es maquinal. Así le llega de sus antepasados. Así se lo vió hacer al abuelo, cuando le llevaba a la pesca para que cargase con la cebadera. Así vió que lo hacía su padre, que a pescozones le enseñó la maniobra. Así lo hace él ahora, y así lo harán mañana sus hijos, sus nietos: todos tirarán la misma atarraya, que pasa de padres a hijos, cuidada con solicitudes filiales; y esperarán tranquilos, para luego retirarla. Y así siempre, hasta que una mano viril la recoja de otra mano vieja, que, vacilante, temblorosa, la abandone porque ya no puede más...

A la cintura lleva anudada el pescador, a la manera de la hoja de parra, las estatuas clásicas repudiadas por el tartufismo, la cebadera de pita de maguey, colmada del espejeo deslumbrador de las escamas, del lucir de los redondos ojos que comienzan a apagar las viscosidades de la afanosa agonía, del agitar ansioso de las aletas y de las colas pegajosas, del palpitar de las plateadas agallas, todavía húmedas, del abrir y cerrar de las fauces trapezoidales. Herida por el sol, la cebadera rústica cobra el aspecto de una escarcela de seda, repleta de pedrería.

El paisaje que forma ambiente a la escena, es todo de luz. Todo irradia. Todo reluce. Todo deslumbra. Un rincón del cielo



de medio día se refleja en el agua tranquila, profundizándola, llenándola de ensueño y de quimera. Y bajo el luminoso estímulo, es aquella agua dormida, el agua azul y brillante de las Mil y Una Noches: el agua de oro, bullidora, gaya, compañera del pájaro que habla y del árbol que canta; el agua, azul y resplandeciente, de las fuentes de los poetas árabes. Ni un solo pájaro, por capricho, raya con el sonido de sus variaciones el misterio de aquella calma secular. En las orillas, la escala de matices verdes de los ramajes, se amalgaman unos en otros y forman un solo crudo manchón. Algún *glis-glis* salta, inquieto, de piedra en piedra. (Es el *glis-glis* una avecilla menuda, de la configuración misma de la garza. El plumón del pecho es blanco, y las alas y la cola del color del humo de la hulla. Habita en las inmediaciones de los ríos; y canta, detenida sobre las piedras, con cierta breve y extraña melodía.) El rumor glutinoso de la corriente, chocando contra las piedras y socavando los *talpetates*, se apaga en la tranquilidad de la hora. Parece que ese rumor incesante fuera absorbido, tragado por la sequedad de la atmósfera. La arena de la ribera cobra al sol el intenso lustre del antimonio. En la sombra, esa misma arena parece teñirse del color de las hojas que la abrigan y cuya sombra recoge y succe. Y en esa misma sombra, junto a los sauces, los *chilamates* y los *madrecacaos*, la red intrincada de las algas se extiende a flor de agua, como vaporosa madrileña de encajes de una malaquita diáfana. Entre los frondosos berros, en medio del hervidero de la *espuma de sapo*, asoman las filudas piedras cubiertas de limo, que semejan cabezas de ahogados que la corriente no ha logrado arrastrar.



EN LA SACADERA




DE EL SALVADOR

En el propio corazón de la montaña, en lo más profundo del barranco, entre los intrincados zarzales, que cunden las manchas de *quiebracajetes* y vistosos *chonchos* está instalada la *sacadera*. Guzmán, el audaz, burla por sexta vez a la *montada* que le sigue los pasos; y al abrigo de los fuertes *conacastes* que esmaltan las laderas, a la sombra de los *barillos*, semejantes a los cedros bíblicos, y de los *guarumos*, cuyas hojas, por el tinte y por el olor que despiden, recuerdan el celuloide de los impermeables, destila tranquilamente su *chaparro*. En la peligrosa faena le ayudan el compadre *Chomo*, el tuerto Hilario y el *Macho*.

—Lo que es ahora— piensa Guzmán— no habrá *vaqueano* que dé con nosotros. ¿Quién va a ser el *arrecho* que se anime? *¡Allá se lo haiga!*

Ellos están dispuestos esta vez a no dejarse agarrar. ¡Valiente negocio habia hecho el *mentado* Guzmán y el compadre *Chomo* la última vez que la escolta les pescó en plena fabricación, y arreó con ellos, haciéndoles cargar con las ollas y todos los demás trebejos! Seis leguas y media a pie. . . Y lo de la caminata no valía un hijo de piña;



los doscientos pesos de multa era lo que todavía les ardía. ¡Y pocas que habían sido las carreras y las vueltas que costó conseguirlos! Y de todo había sido el culpable *Ugenio*, el de *ña* Maclovia, que fué, por miedo, a soplárselo al Inspector de Hacienda. Buena se la reservaba Guzmán al chismoso, si un día llegaba a toparse con él. Lo macheteaba. Por su madrecita lo había jurado. Bueno es que un hombre se vengue de quien le ha jorobado; pero él y *ño Chomo* ¿qué le habían hecho al *Ugenio?* Nada. Por lo menos que él lo supiese.

Ahora eran cinco los *sacadores*, contando al nieto del tuerto Hilario, que era un peje. Vivo como una ardilla, incansable como un hombre forjado para el trabajo, había logrado hacerse querer de aquellos veteranos del contrabando. Se interesaba por la marcha expedita de *los negocios*, y en no lejano día llegaría a ser uno con quien el Inspector tendría que habérselas tieso. Era una hermosa promesa: un polluelo de águila, que aquellos viejos cuidaban y mimaban, reservándolo al porvenir.

—*Atraquémosle juego. Yes* hora—dijo el compadre *Chomo*.

—*Acercà* la leña, *Guatón*...

El *Guatón*, que así llamaban al nieto del tuerto Hilario por tener desarrollado un tanto más de lo corriente el tejido adiposo, comenzó a acarrear brazadas de leña, que los contrabandistas iban acomodando en el interior del horno, cavado en el borde de un paredón. La leña que usaban era de *guachipilín*, completamente seca, y en rajas.

—*Aprobaste* la chicha si está *güena?*

—Está *güena*. Pero el dulce de *ño Liandro* está *mero ishcàque*. Ese viejo es un *malavaina*.

—*Atràquele juego*, compadre!

El compadre rayó una cerilla, y pegó fuego a una tusa que el tuerto Hilario ha-



bía desfloronado para facilitar la incineración. En seguida la colocó entre las rajas de leña entreveradas de *chiribiscos*, que al momento comenzaron a chirriar. El humo envolvió la ollaza y circuyentes en una densa nubarrada sofocante. Los *chiribiscos* chirriaban cada vez más. De pronto, aquella queja cesó, y el humo fue disolviéndose. Las rajas de leña, humeantes, comenzaban a prender. Entonces el tuerto cogió un sombrero viejo, de palma, y comenzó a soplar. Las llamas cobraron vida nuevamente; las rajas parecían, encendidas, pedazos de hierro en forja. En un instante aquel fogón llegó a parecer la hoguera sabatina lista para cocer, en la infernal marmita, el brevaje de las brujas y los duendes. Pero el humo no desaparecía por completo. Una columnilla plomiza ascendía, y deshilachándose entre las ramas de los *guarumos* y los *barillos*, lograba atravesar la bóveda de verdura, y flotar por el espacio en impalpables vedijas. Esto inquietaba a Guzmán. Si ese humillo de cigarro era percibido de lejos por algún mal intencionado, estaban perdidos.

—*Guatón: apartà* esa leña, que está verdiosa, y *buscà* la más seca. No *vayaser* el Diablo!

Por fin el humillo desapareció. Las llamas brillaban solas, acariciando en lianescos enmadejamientos la panza ahumada de la ollaza.

—Anoche agarraron al *Chipe*—dijo el *Macho*, que en esos momentos colocaba la *cabezona* sobre la ollaza, en cuyo hondo seno comenzaba a iniciarse un sordo rumor de ebullición.

La noticia cayó como una bomba, entre todos aquellos hombres.

Guzmán, que en ese mismo instante iba a echar una raja de leña para avivar el fuego, quedó en suspenso; el tuerto Hilario, a



pesar de la costra de mugre y las marcas de viruela de su rostro, palideció con palidez desusada; el *Guatón* se acercó, lleno de curiosidad medrosa; sólo el compadre *Chomo* recibió la noticia con absoluta tranquilidad. ¡Estaba tan acostumbrado a recibirlas! Además, la captura del *Chipe* no era más que un hecho natural. Ellos robaban al Gobierno, y era justo que éste los persiguiera con tenacidad. Lo único que le parecía estúpido era dejarse agarrar así, tan tontamente, como un niño. Había que saber escurrirle el bulto a la *montada*, que ante los breñales de una montaña y el misterio que ésta encierra, deponía gran parte de su celo. Por ese motivo, se redujo a encogerse de hombros ante la noticia que comunicaba tan solemnemente el *Macho*.

Los demás, impacientes, interrogaron a un tiempo:

—*Onde* lo agarraron?

—Pues anoche, en el pueblo. El *Meterio* me contó el cuento, *porquel lo vido*. Dice *quen* la tarde llegó el *Chipe* a las aradas, medio *bolo*, y le dijo *quiva a machetiar* a la *Zarca* porque le había contado que estaba con el *Zurdo*, y él no era ningún *olote* para aguantárselo; que él era bueno con la *Zarca* y que qué más quería la muy ..... Contándole, contándole se sacó de la bolsa de pecho *una media* y le dió un trago, y él tomó otro. Y que se acabaron *la media;* y el *Chipe* le dijo que *jueran* al pueblo a dar una *güelta*, y que allá *llvadar* otros tragos. El *Meterio* le dijo que no iba, y que se acordara que en el pueblo estaba el *ispeutor* con la escolta, y que lo podían j .... El *Chipe* no quiso hacer caso y se *jué*. El *Meterio* me contó que el *Chipe siba* cayendo de *bolo*, y le repitió *quiba a machetiar* a *la Zarca*. Dice el *Meterio*, *quen* la noche tuvo *quir* al pueblo a un mandado, y que al pasar por



el estanco de *la Peche*, le llamó *el Chipe*. *Jué*, y se bebió un trago con él, y *miró* que andaba llevando bastante *pisto*. *Apachàndole el clavo* al *Chipe* andaban otros cuatro, que ya estaban *bolos* también. El *Meterio* tuvo miedo de *embolarse* y se iba ya cuando *vido dentrar* el *ispeutor* con otros tres de la *montada*, que se *avalanzaron* sobre el pobre *Chipe*. El *Chipe*, viéndose rodeado, apercolló la daga que había dejado sobre la banca, y comenzó a tirarles dagazos a los *puliclas*. Los *puliclas* se defendían metiendo las culatas de los *retacos*, hasta que el *ispeutor*, sin que el *Chipe* lo sintiera, se *jué* por detrás, y le *ajustó* un gran *terciazo* con el revólver en la cabeza. El *Chipe* se *tambalió* bañado en sangre, y entonces los de *la montada* lo *maniaron* y casi de arrastrada lo llevaron al cabildo. Daba lástima el pobre *Chipe!* Dicen que hoy lo llevaron a la *ciudà* y que lo van a *zampar* a la cárcel.

La chicha hervía en la ollaza. Hervía con estruendo. En el silencio de la montaña, a penas alterado por el arrullo melancólico de las rastreras *gustumonas* y en medio del mutismo de los circunstantes, el borbollar de la ollaza tomaba las proporciones de un ronquido de gigante: un ronquido nasal, estruendoso, que las oquedades del barranco agrandaba hasta desproporcionarlo. Del agua del *huacal* de lata colocado sobre *cabezona* se desprendia una espesa columna de humo.

La consternación de los *chaparreros* continuaba.

—¡Pero qué bruto!—exclamó Guzmán—Se van a c. . . en él, por puro gusto. ¡Qué animal! Debía de haber j.... a alguno para que lo amolaran por algo.

Ese era su propósito. Si la desgracia, o la traición, le ponía otra vez frente a *la montada*, no se dejaría agarrar, sino muerto, y



eso después de llevarse por adelante uno o dos.

El relato de la captura del *Chipe* había hecho un efecto deprimente en el ánimo aventurero y resuelto de aquellos hombres.

El temor dió lugar a que la filosofía, ruda e indocta, urgara por aquellos intelectos en estado de piedra pómez.

¡Y para eso era la vida! Unos se j.... mientras otros la gozan. ¡Y por qué? Ese Dios es injusto.....¿Qué mal han hecho unos? ¿Qué faltas purgan? ¡Ninguna! Guzmán recorría todo el transcurso de su vida, y no encontraba nada qué reprocharse. Tenía su mujer, su hija, que ayudaba a la madre en las faenas caseras, y su rancho, que valía bien poca cosa. Tuvo un *huatalito*, y un día se vió en la necesidad de empeñárselo al señor *Chepe*, cuando la enfermedad de la Venancia; y por setenta infelices pesos, les arrebató lo que valía más de doscientos. ¿Es esto justo? El médico consumió lo del préstamo; y para pagarle al boticario, hubo que vender la única yunta de bueyes. No le quedaba más que el rancho, que nadie podía quitarle. . . porque no valía ni lo del papel sellado. ¿Y había qué aguantar resignado, entregarse a la suerte, maniatado, inerme; no luchar para obtener el sitio que por derecho corresponde a todo ser humano; agachar la cabeza y presentar sumiso la nuca a la gamella del infortunio? ¡No! Si no se lucha, se acabará por ser eliminado. Es mejor eliminar, que serlo.

El compadre *Chomo* le sopló un día al oído algo que conmovió su alma.

Cabalmente ese día padecía horriblemente. ¡Era una injusticia la que con ellos se hacía! Guzmán, y con él otros tantos pobres labradores, habían sembrado unas tareítas de milpa en *la hacienda*, comprometién-



dose a dar, como terraje, cierta cantidad de fanegas de maíz, y a trabajar por cierto tiempo en los cañaverales. Y habían cumplido parte de su obligación; y en espera de una buena cosecha se sentían un poco aliviados de las calamidades de la vida. La milpa resultó mala; la cosecha desastrosa. Guzmán comprendió que estaba perdido. Había que dar a *la hacienda* las fanegas de maíz estipuladas en el arreglo, o si no, pagarlas. ¿Y cómo pagar? ¿Sabía él lo que era ver de junto ciento y tantos pesos? En esas tribulaciones estaba cuando el compadre *Chomo* se le acercó, y al oído, le sopló un secreto. El alma le tembló de miedo y de gozo.... ¡El compadre *Chomo* le pintaba tan bonito, tan hacedero su proyecto! Allá, en el propio corazón de la montaña, en lo más hondo del barranco, a la vera de la quebrada que entre lustrosas guijas se deslizaba; allá, entre los intrincados jarales, podían encontrar lo que les hacía falta, lo que los hombres les negaban. Guzmán, se decidió. Y allá fué.

Emprendieron el negocito con cierto temor y no pocas vacilaciones y otras tantas escaseces. Pero *la primera* rindió. Se sacaron veinte botellas, *del bueno,* que ellos mismos se encargaron de expender con el mayor sigilo. Con lo que la venta produjo compraron todos los *telengues* que se necesitaban para montar decentemente la *sacadera*. El negocio prosperó. El *chaparro* de Guzmán cobró pronta fama, y el modesto fabricante, se hizo señalar por la autoridad, y se vió perseguido por las hordas del Inspector de Hacienda. En previsión de algo, se armaron bien; y el hecho de llegar al escondite cuando los socios fabricaban su mixtura, era peligroso. Podía costarle la vida al imprudente. Un día estuvieron a punto de encaramarle el machete al *sha-*

3



shaco Esteban, por haberse aproximado de improviso. Tenían agentes para el expendio, los cuales se iban con la *cebadera* repleta de botellas hasta Nejapa, Tonacatepeque, Guazapa, en donde el *chaparro* de Guzmán gozaba de una fama indisputable. Esos agentes jamás penetraban en las poblaciones. Se quedaban en los aledaños, y hasta allí iban a buscarlos los compradores, que pagaban en dinero contante y sonante. Cuando había *velorio*, o boda, o muerto en alguna parte, asomaba como por casualidad *el hombre de la cebadera*. ¡Tenía un olfato el condenado! Todo salía bien. Dormían en la montaña, y rara vez bajaban al valle; casi nunca al pueblo. Era arriesgado. La *montada* hacia en veces sus incursiones. En su escondite guisaban, recibían amigos, tenían guitarra y hasta solían llevar mujeres. Esas visitas los perdieron. Una noche, en los precisos instantes en que se ocupaban en cargar la ollaza, se vieron rodeados. Quisieron escapar, pero un círculo infranqueable de bocas de fusiles les apuntaba. No hubo más remedio que entregarse. Les agarraron, les amarraron unos a otros en sarta, y haciéndoles cargar con todos los *tarantines* del ministerio, arrearon con ellos para el pueblo. Las mujeres, que en las solanas de los ranchos trituraban el *nistamal* en las piedras de moler; los labradores que descansaban, y distraían sus penas tocando el acordeón o tañendo la dulzaina; los rapaces, medio desnudos, que se revolcaban en el polvo del camino, todos, todos veían, silenciosos, melancólicos, desfilar aquella triste larga procesión.

—Pobre *ño* Guzmán!

—Pobrecito, *ño Chomo!*

Todos les condolían. Nadie, ni por pienso, les recriminaba. Existe entre los humildes, entre los desgraciados y sobre todo si éstos



son labradores, cierta fracmasonería, cierta complicidad que los hace compadecer, ayudar, y a veces hasta defender a los compañeros del destino, aunque éstos fueren criminales.

—Pobre *ño* Guzmán!

—Pobrecito *ño Chomo!*

Ni uno sólo decía:

—¡Qué malvados!

Y en verdad que no lo eran.

Se les negaba los medios de poder ganarse honradamente la vida ¡pues ellos se los procuraban . . . y en santa paz!

Es el derecho a la vida que todos tenemos.

En la ciudad estuvieron presos cerca de dos meses, y para salir libres, tuvieron que pagar una multa, fuerte para ellos. ¡Los pasos que hubo que dar para conseguir la libertad de los pobres hombres! Para atender a los gastos que la escarcelación ocasionó y pagar la multa que se les impuso, hubo que enagenar ciertas cosillas que, con lo que había producido el negocito, se habían ido procurando. En cuenta entró una pareja de cerdos que la Venancia engordaba, y por la que le dieron sesenta pesos.

Más tardaron en regresar Guzmán y el compadre *Chomo* que en volver a las andadas. Buscaron un sitio más apartado y más seguro, compraron nuevos utensilios y dos cargas de dulce, y la ollaza comenzó de nuevo a borbotar como una condenada. Pero esta vez obraban con un sigilo sin igual. La clientela se formó de nuevo, numerosa, consumidora, y que pagaba en buenos pesos. A pesar de toda su prudencia, tres veces todavía fueron sorprendidos, y tres veces más caminaron a la capital con las ollazas a cuestas. Y tres veces más salieron libres, después de mil trabajos y mil sacrificios. Y las mismas veces volvieron al oficio, audaces, hasta que por fin habían



logrado pasar cerca de dos años tranquilos fabricando y expendiendo su aguardiente sin que la *montada* hubiera podido echarles la mano encima.

Del carrizo que horadaba la panza de la *cabezona* caía, gota a gota, el líquido codiciado. Gota a gota caía en el embudo de una damajuana, que se iba llenando poco a poco. Un olor de alcohol caliente impregnaba la atmósfera. Cerca, bisbiseaba la quebrada deshilachando sus aguas entre las aristas de las limpias guijas, y deslizándose por entre los jarales siempre cundidos de campánulas y de morados *chonchos*. La penumbra era húmeda; y sobre la grama, caían de lo alto las hojas doradas en tardos revoloteos. El canto de las *gustumonas* se había apagado; en cambio, entre un chaparral de filudas zarzas zumbaba un emjambre de avispas. Los rayos del sol del medio día lograban penetrar, en un halo de proyector, hasta aquellas fragosidades.

La impresión causada por el relato de la captura del *Chipe* se había disipado por completo. El compadre *Chomo*, con un *huacalito* en la mano, cataba el *chaparro:*

—*¡Guenísimo!*

Y a seguidas se enjugó los labios con el puño de la camisa, no muy limpia.

La gota seguía escurriendo del carrizo, y, aplastándose en la hojalata del embudo, se deslizaba por la superficie e iba a caer en la panza, ya casi repleta, de la enjuncada damajuana.



MEDIODIA



DE EL SALVADOR



A la manera de opulento palio desenvuelve el cielo, por sobre el paisaje, la magnificencia de su seda. El sol, radiante e impetuoso, que anega los ámbitos todos del espacio, le da más esplendor todavía, y quiebra su tersa superficie en mil joyantes reflejos . . .

En el horizonte, las montañas se sumerjen en un fluído cristalino, y recortan, uno a uno, sus contornos, precisando hasta los detalles más nimios de sus laderas con la nitidez y minucia de un grabado holandés.

* * *

(Flota el sopor, como una densa embriaguez. Y el sueño vence a la Naturaleza, sumiéndola en un letargo de plomo.)



* * *

Una ringla de deshojados *chilamates*, empolva sus esqueletos al borde de la carretera. Sus rugosos troncos sirven de poste al alambrado de los potreros, en que la bueyada se apacenta.

En uno de esos *chilamates*, enrollada en viscoso tirabuzón a una de sus ramas, dormita una culebra. El color negruzco de su piel resalta del fondo calinoso de la corteza del árbol. Y en el esplendor de luz zodiacal, la chata cabecita brilla como un ónix tallado, y el punzón de su cola, afilado y sutil, destella como la faceta de un diamante. Cerca del *chilamate*, se eleva un *carao*. Es un *carao* gigantesco. En las ramas más altas de ese *carao*, diez o doce zopilotes congregados, dormitan también su siesta. Y la mancha negra de sus plumajes, como pastosos brochazos de tinta china, entenebrece la magnificencia del rincón de cielo que les sirve de fondo.



* * *

(Està en suspenso el ruido, en un gran paréntesis de espera.)



*
* *

Es la época de las quemas. Y el humo que de ellas se escapa, flota un instante, y luego se diluye en el ambiente argelino.

Las llamas de la quema, en el brillo del medio día, arden al igual que la llama del alcohol que corona el ponche de rom. Vistas al trasluz, casi no tienen corporidad. Flotan, espirituosas, sobre los oros atabacados de la roza, como un vivero de fuegos fátuos.

Y por encima de esas llamas olearias las *flores de San Antonio*, tupiendo el árbol en nutrido aluvión de brasas, dan un efecto ígneo. Y como para contrastar, los *árboles de la Cruz* hacen lucir en las proximidades la mística blancura de sus ramilletes de flores estrelladas.



* * *

Sobre los desponjos del potrero, de un admirable tono de Siena quemada, caen, sin esfuerzo y se quiebran, las conchas de los *tecomazuches*. Esas conchas (como de alabastro avejentado y marchito por la vecindad de los cirios ardientes de alguna capilla), caen, y se quiebran sordamente. Al rajarse a la manera de las granadas maduras, dejan escapar níveas vedijas de algodón, suave como la seda y como ella lustrosa.

(Esa seda nevada produce sobre el dominante fondo de Siena quemada, un efecto lírico y maravilloso. Es, brotando de las heridas, como una sangre inmaculada.—Sangre de rosas blancas estrujadas, sangre de hostias machacadas en un almirez de oro purificado, sangre de sacros lirios degollados.)



En la propincuidad del rancho, posado sobre las cercas de caña-brava que abruma la tramazón de bejucos de campánulas y defienden vallas de *pie de niño*, dormita el gallo. Su cresta de bermellón, fulge como un cuágulo de sangre fresca. En el fondo del corral, entre la tibieza de la paja del cajón desfondado que hace las veces de ponedero, la gallina cumple la única misión de su vida; mientras el pollo, inquieto y revoltoso, medio desplumado, de incipiente chorcha descolorida, escarba y avienta el estiércol amontonado en un rincón talquitatoso. Solamente el *chompipe* se pasea, como siempre, vanidoso e inflado, insensible al sopor de la hora, con su moco de un rojo de marañón caído, su caftán avioletado y las alas despeinadas, como un Califa prisionero. Una pata, encaramada en la canoa del agua, apaga su sed, mientras al pie del tronco labrado, un enjambre de patitos, menudos, con el plumón amarillo canario y el pico de alabastro, se apiñan y chillan, levantando las cabecitas, implorando una gota de frescura.



* * *

(La música del silencio desarrolla su «lait-motiv», ese «lait-motiv» que el oído màs fino, màs sutil, no llega a percibir).

* * *

Al «ojo de agua», cristalino y fresco, solapado bajo la tupida fronda de un *sicagüite*, acude una muchacha con su cántaro. Es ese el lugar de las citas para los enamorados de las vecindades. Rezume el agua de la tierra barrosa. Rezume transparente, pura, encharcándose entre las manchas de berro flotante, y los macizos de *hojas de María* y de *corazón sangriento*. Sobre una piedra lisa, guateada de musgo, yace un tarro de morro. Cerca del tronco del árbol protector, se extiende una alfombra de menuda grama, como puesta adrede para que sirva de reposadero a las parejas que allí van a arrullarse. La muchacha llega. Coloca el cántaro a la orilla del venero, y comienza a llenarlo poco a poco, cogiendo el agua con el tarro. Detrás de un zarzal, irrumpe un silbido. En seguida, otro. La muchacha suspende la operación de colmar su cántaro. Pasea la vista por todos lados, entre inquieta y recelosa. De pronto salta un mozo por sobre la cerca, sosteniéndose en las ramas de un brotón de *tempate*,



y va hacia la muchacha, que, tranquila ya, le espera sonriente. Conversan en voz baja. Los labios del gañán se pegan al oído de la moza. Ella mueve la cabeza, como diciendo que *no*, ese *no* sobreentendido de la mujer que accede. De pronto, él se agacha, y tomando el tarro abandonado, acaba de llenar el cántaro. Lo levanta en vilo y se lo coloca en la cabeza á la muchacha, apoyado en el *yagual*. Después, los dos, em parejados, se pierden por un sendero, hacia el cercano mangal. Y antes de perderse de vista tras un recodo del sendero, todavía se alcanza a ver a la muchacha que mueve la cabeza, como diciendo que *no*.

***

A lo lejos, en la carretera polvorosa que el sol inflama, y como figuras únicas sobre el lienzo de violenta luz, vese una carreta que se arrastra fatigosamente, cargada de leña hasta los topes. Los bueyes que tiran de ella, hincan en el polvo la pezuña ruda e inclinan la testuz bajo las gamellas del pesado yugo.

Se percibe, neto, ayudado el esfuerzo visual por la nitidez ambiente, el muslo que contrae el esfuerzo y hace resaltar, bajo la piel mojada por la transpiración, el arpa de los recios nervios en tensión.




DE EL SALVADOR

LA HISTORIA DE LA « CUTA »




DE EL SALVADOR

—*Arrià* el ternero de la *Cuta!*

La voz del corralero repercutió, sonora, por los ámbitos del corral en que el ganado se apiñaba, entre la niebla, a las primeras claridades del amanecer.

—*Ay* va*!* *Enrejàlo* bién!....

La cría se acercaba a la madre que mugía tristemente, llamándole, mientras con los ojazos, negros y húmedos, avizoraba por todos lados. Cuando vió que se aproximaba, el mugido se trocó en un murmullo cariñoso, como un arrullamiento tierno e interminable. El ternerito corrió, brincando, tendida al viento la colita apenas poblada, y metiéndose bruscamente por entre las patas de la vaca, se prendió, ávido, glotón, a las hinchadas ubres. La *Cuta* lamía las ancas del ternerito con largos lengüetazos cosquilleantes que hacían estremecerse, de cuando en vez, la piel barcina del mamón.

Mere dejó que mamase un instante, el necesario para *sacarle la leche* a la *Cuta*. Y después, agarrándole por las orejas, pasóle un lazo por el cuello y le ató a las patas delanteras de la vaca con nudo seguro. El ternerito hacía esfuerzos inauditos por soltarse y volver a agarrar la teta. Se removía como un

condenado, tirando infructuosamente de la persoga que le sujetaba. Mientras tanto, la madre apisonaba el suelo con las patas traseras. *Mere* se impacientaba. *Mere* se rascaba, colérico, las greñas indómitas. Siempre que le tocaba ordeñar a la *Cuta*, sucedía lo propio que ahora. El ternero de la *Cuta* era un condenado! ¡Vaya si lo era! Y la madre ¡la mismísima cola de Judas!

—*Enjuicio!*—gritaba *Mere* asestándole rudos puñetazos en el lomo, a la vez que intentaba sujetar con su puño de fierro, firme y fuerte como unas tenazas, la pata de la *Cuta* que apisonaba la tierra.

* * *

En el cielo las estrellas iban extinguiéndose una tras otra. El horizonte íbase aclarando. Una luz nacarada ribeteaba los picachos ingentes de las montañas; acusaba, con imprecisiones todavía, las turgencias de las cercanas colinas. En una hondonada se iba perfilando con enérgicos trazos, una arboleda, entre la que rumoreaba una cascada. Corría un vientecillo sutil y húmedo, que traía ráfagas de aromas vegetales: había pasado por la montaña cercana, y entre los aromas que aportaba, sobresalía el olor del cedro: un olor a caldo de frijoles negros. El relente de la noche había empapado las piedras de las cercas, tal como si hubiere llovido. En el suelo, la tierra se amasaba con los estiércoles. De la aglomeración del ganado que esperaba su turno, ascendía un fuerte hálito alcalino; las astas se movían, en el clarobscuro del amanecer, como una ramazón pelada. Los mugidos rasgaban el ambiente matinal, en que algunos filamentos de niebla flotaban todavía. Los gallos, desde la sumidad de los árboles, lanzaban sus clarinadas ensordecedoras. A los gallos cercanos, de notas claras y penetrantes, contestaban los gallos



lejanos, como un eco; y todavía más lejos, otros aún, cuyo canto parecía pasar por una sordina. El horizonte, conforme avanzaba el día, se barnizaba de un color de salmón puntillado de granos de oro. El sitio por donde el sol iba a salir, parecía el horno crepitante de una fragua, en el que las brasas fueran de un suave, de un delicado carmín. De la carretera llegaba el chirrido de las ruedas de las carretas que pasaban, cargadas de maíz, camino de la ciudad. El mozo que guiaba la yunta, cantaba una tonada, cuya letra apenas se entendía, pero cuya rudimentaria melodía era inefable.



* * *

Mere, en el interin, se desesperaba. Con la *Cuta* no podía ni el mismo Diablo. ¡Condenada vaca! Iba ya a amanecer *del todo*, y faltaban quince *animalas* que ordeñar.

—Entimo! *Vení a darme una manita por vida tuyita!*

Entimo, un mozo pilongo, de holgada, mugrienta camisa de manta americana y culera, cien veces remendada, se acercó bostezando; recogió del suelo un pedazo de mecate, y entre él y *Mere*, manearon por completo a la *Cuta*. Esta quedó tranquila: parecía petrificada.

—*Ende* se mueve *agora!*

Mere, entonces, colocó bajo las ubres el balde deslustrado por el uso, abollado por tantos porrazos; y humedeciendo, primero, con agua los blancuzcos pezones hinchados, quiso comenzar a ordeñar. Se hacia imposible la operación. De las tetas apenas si salía un chorrito que de pronto se cortaba. *Mere* rabiaba.

—Gran p.....! *Escondés* la leche. Ya te la *voà* sacar a puros *monazos!*

Y tiraba, tiraba infructuosamente, acompañando los tirones de rudos puñetazos en los ijados. La *Cuta* no se inmutaba: apenas pujaba.



* * *

La *Cuta* era la más tramadora de todas las vacas del *Bonete*. Siempre que le llegaba su turno, sucedía lo propio: costaba un triunfo ordeñarla. Pero era, en compensación, de las que más rendían: ella solita llenaba tres botellas vermuteras, y, a veces, un poco más. Era un verdadero prodigio. Nunca había embarnecido.... por zangamangosa. Comía cual si tuviese solitaria.... y cada año daba a la patrona un ternero; casi nunca terneras. Cuando la compraron en el sitio, ya venía descornada del lado derecho.... y era ya vaca famosa. Su dueño, *ño negro Ostaquio,* la vendió por *huertera*. ¡Señor, lo que el pobre *ño negro Ostaquio* sufrió con la cochina vaca! No había semana de Dios en que no se la llevaran al poste. Acontecía que el pobre de *ño negro Ostaquio* estaba muy tranquilo volando *cuma* en su *huatalito*, o sacando su poquito de arroz en la *piladera*, o bien limpiando la *canoa* y mudándole el agua a las gallinas, cuando algún vecino, desde el camino, por sobre el cerco de piña, le largaba el notición:

—*Ño Ostaquio!* Me dijo *ño Liandro* que la *Cuta* está en el poste. Que vaya a sacarla.

—¡Sea por Dios!

Y el pobre viejo tenía que abandonarlo



todo, e irse al pueblo, renegando de la *Cuta* por todo el camino, a pagar los catorce reales de postaje e indemnizar los perjuicios que la maldita había ocasionado.

—Pero, maldita!—la decía, como si la vaca pudiera llegar a comprenderle—*¿Querés* acabar conmigo, gran b ....? *¿Querés* que me quede en la calle por *vos!* Pues *estás* equivocada! Antes te mato a palos. Ya vas á verlo, ¡... .... !

Y en no más llegando a su casa iba y la amarraba en el patio, al pie de un *carao* y regándole unas cuantas tusas, recogía la *cuma*, y se iba a emprender de nuevo la tarea interrumpida, para ir al pueblo a libertar a la vaca del poste infamante. Todo ese día la *Cuta* lo pasaba rumiando las tusas, bajo el *carao* que apenas le defendía del sol. La maldita parecía tan poquita cosa: una mosquita muerta! A cualquiera se le hubiera antojado que *ño negro Ostaquio* fuera un tirano, un Juan Borgia, o un *Chacareño* (lo mismo da para el caso), teniendo así apersogada por todo un día a la infeliz animalita. A «la oración,» la soltaba. Por algunos dias la *Cuta* parecía enmendada; no le llegaban quejas, ni cobros por perjuicios ocasionados en alguna milpa; hasta que un día fatal, la noticia volvía a llegarle transmitida por algún vecino oficioso.

—¡Se acabó!—se dijo una vez, en que la paciencia rebalsó la medida. Y encaminándose al sitio, consumó el horrendo crimen: la venta!

La *Cuta* pasó a poder de *la señora*. Fué empotrerada. ¡Cómo suspiró los primeros días la pobrecita! Pero no tuvo más remedio que resignarse.

Con el tiempo la *Cuta* llegó a ser perla entre las mejores vacas del *Bonete*. Perla, por lo lechera; pero no perla por su comportamiento. No podía olvidar, ni a tiros, sus anti-



guas mañas. Cuando podía hacer de las suyas, lo hacía; pero salirse a vagabundear ¡eso era ya imposible! Imposible! Paraíso perdido para siempre, los *huatales* cubiertos de jugosa milpa, por los que un tiempo discurría, ramoneando delicadamente, con exigencias de gastrónomo, los tallos más apetitosos, los más tiernos, para ya satisfecha, ir a echarse sobre la tierna alfombra y adormilarse, hasta que la sacaban de sus glorias, el garrote vil y la infamante persoga. Los cercos de alambre, de cinco hilos bien tensos, echaban por tierra sus ensueños de libertad. ¡Todo concluido! Y la pobre *Cuta* se aproximaba al alambrado, y se pasaba horas y horas contemplando con honda nostalgia las praderas extensas, libres, provocativas, por las cuales, de cuando en vez, discurría una yegua esquelética, a la que los tábanos asediaban, y en cuyas orejas carcomidas las garrapatas se anudaban en sartas, como asquerosas arracadas.

* * *

Al fin y al cabo, la *Cuta* soltó la leche que escondía. Los chorros, simultáneos, se engrosaron. Caían, resonando con fuerza contra el zinc del balde. Levantaban una capa de espuma espesa, que colmaba el recipiente, espuma blanquísima como la misma que despide el jabón de almendras.

—Hoy *vadarlo* lleno. . .Hija de una.

Era el mayor, el más desmedido elogio que *Mere* prodigaba a la pobre *Cuta*.

Una vez que hubo concluído, el corralero soltó las patas traseras de la vaca. La *Cuta* se removió, inquieta. Sacudió la piel, como esponjándola, en un brusco estremecimiento nervioso. Cabeceó como queriendo cornear a *Mere*, que se había aproximado al ternerito para desatarlo, y dejar libres las patas delanteras de la *Cuta*. Una vez, éste se avalanzó, ciego, sobre las ubres flácidas y comenzó a mamar desesperada, ruidosamente. Cuando la leche no salía, golpeaba con el testuz los ijados de la madre. La *Cuta* le lamía con largos, interminables, sonoros lengüetazos. Parecía que aquella caricia brutal, fuese de su agrado, y la agradeciese. El húmedo hociquillo de la bestezuela se orlaba de un cerco de bullente espuma y deja-



ba caer, a ambos lados del belfo, un sutil hililllo de leche. Balanceaba el rabo medio pelado. Y cuando alguna mosca se le paraba en el borde de la tiesa oreja, la espantaba en una brusca sacudida.

***

Mientras tanto, *Mere* se preparaba a ordeñar a la *Josca*. Era la *Josca* una vaca mansa, de las buenas, a la que no había necesidad de manear para ordeñarla. ¡Y con una teta tan blandita! Con la yema de los dedos podía sacársele toda la leche, exprimírsele hasta la última gota.




DE EL SALVADOR

DESPUES DEL CHAPARRON




DE EL SALVADOR

Después del chaparrón, violento y ruidoso, brilla de nuevo el sol. Detrás de un nubarrón, cuyo gris sucio comienza a aclararse por los flecos, surge el primer rayo, súbitamente, como flecha de un arco escondido.

El campo, bajo aquella luz que de lo alto se cierne y cae en intangible polvo de plata, va, paulatinamente, impregnándose de deslumbradora claridad. Parece que esta claridad alguna mano leve y caprichosa la dejase caer de lo alto, poco a poco, con cierta indolencia femenina. Deslumbra, pero no ofusca. Lo anega todo, en todo se cuela, por todas partes se arrastra, todo lo denuncia o lo detalla, a todo presta relieve; pero no llega a entibiar ni tanto así. Tiene la blandeza de una fugaz caricia. Hace el propio efecto de un aluvión de pétalos de rosas blancas que cayera, revoloteante, y rozara nuestra piel, nos envolviera unos instantes en su nevada y luego desapareciera. Es una claridad vaporosa, color de agua de manantial. Por los suelos, por entre el vellón de la grama, por entre las tupidas macollas de *flor amarilla* y de borraja, por sobre los manchones de escobilla constelada de pringas blancas y los prietos raci-



mos de estrellas magentas de las *maravillas*, va, de puntillas, con delicadezas de enfermera, enjugando las hojas, sacudiendo los botones, y adornando prolijamente los retoños con diademas de fabulosas gemas. Y sube por los árboles, arañando los troncos lacrados de verruga, para asaltar las ramas mojadas. Sacude el viento las frondas con estremecimientos perezosos; y al removerlas, desgranan un copioso rosario de gotas, que ruedan y se sepultan entre la grama produciendo chasquidos. Va la claridad reconquistando terreno, poco a poco, y comunicando a la vez nueva alegría y nueva vida. En el ramaje de un granado (el «Arbol Simbólico» de D' Annunzio), prende un incendio de bermellones y de carmines, y cincela, entre las hojas de un verde de loro, la redondez de los frutos propicios. Las menudas llamas de las flores, que magnifican el conjunto, crepitan sordamente, lamen la hojarasca que las encuadra, corren sobre la corteza, ascienden a la cima, o bajan hasta el pie del tronco. Y todo el árbol, en el prestigio del fuego, ardiendo en silencio, hace pensar en un gran ramillete de flores que Proserpina hubiese recogido a las orillas del Pyriphlegetón, en los jardines que en sus ocios cultivan las tres Parcas: Clotho, Laquesis y Atropos; y vigilan las aladas Tisiphone, Alecto y Meguera.



***

En la copa desmochada de un *güacoco*, un pico (flauta de ámbar) desgrana las notas iniciales de una canción. De aquel sitio surgen vivos reflejos ígneos. Una *chiltota de cajeta*, toda iluminada por el sol que seca su plumaje, agradece aquella magnanimidad, y lo demuestra así: cantando. Es la canción del bienestar la que el músico piñalero ejecuta en aquel momento, la canción indígena que ningún pentagrama ha podido aprisionar. La actitud de la *chiltota* es interesante: una actitud de inspirada: Santa Cecilia, suspendiendo la música de su clavicordio, para escuchar el rumor de las arpas celestiales... Las dos patitas del pájaro están aparejadas sobre la rama que se balancea a su peso, imperceptiblemente. Tiene tendido el cuello, la cabecita escorzada, la cola caída, como el rabo de un fraque, y el pico, diminuta flauta de un solo agujero y millones de notas, levantado al cielo. Las notas de la canción, principiada como con desidia, se aceleran cada vez más, hasta llegar un momento en que su intensidad es tal, que parecen verdadera avalancha. Las notas se empujan, se atropellan unas a otras, ruedan en loco tropel, como azuzadas por un látigo. En ese momento se piensa en que aquel buche repleto pudiera es-



tallar, no siéndole posible resistir más; y que aquella maravillosa garganta, aquel pico prodigioso, llegaran a estallar en mil fragmentos. El canto de la *chiltota* colma y regocija el espacio; chisporrotea a la luz, se diluye en el éter, apaga el leve murmurio de la lejana quebrada. . . De repente el canto se suspende, sin transición alguna, bruscamente. La *chiltota* despliega las alas y las sacude, como preparándose a volar. Todo su cuerpecito se inmoviliza. Ojo avizor, escudriña la tupidez del vecino matorral. Sobre la alfombra de hojas húmedas, se adivina un leve rumor sospechoso. Tal vez sea el arrastre cauteloso de alguna culebra. La *chiltota* tiene clavados los ojitos en aquel sitio . De pronto el ruido se apaga. Un momento más, y el trovador de los cercos, que endulza su voz en el zumo agridulce de las *piñuelas*, o en el aljófar de los dorados cepillos del *chupamiel*, alza de nuevo la cabeza al cielo, parece perder todo temor y empieza con más brío su interrumpida canción. Pero aquello es ahora algo insólito: es una sucesión de arpegios sin plan, de gorgeos sin orden alguno, derrochados al capricho, arrojados al viento como puñadas de arroz en sazón, que se atropellan al brotar del estrecho agujero del pico, tal como que si, ya perdida la conciencia, en medio de aquel estupendo desbarajuste, el alado ejecutante quisiera embriagarse en el deleitoso moscatel de su canto, expirar en el pleno delirio de su loco reclamo.



LA VEJEZ DE LA CEIBA




DE EL SALVADOR

En el lindaño de la carretera, en el lugar preciso en que se confunde con el camino que viene de la aldea, álzase la vieja Ceiba.

La vieja Ceiba, tal vez dos veces centenaria . . . La vieja Ceiba de los cuentos de las abuelitas, lugar de cita de brujas cabalgadoras y duendes saltarines, de paso para el aquelarre en algún perdido Broken tropical . . . La vieja Ceiba, solitaria, erguida como un guardián inmutable a la entrada de la solemne Montaña. O como un fabuloso Término en el lidaño de la carretera, en el lugar preciso en que se confunde con el camino que viene de la aldea.



* * *

En medio del silencio y de la soledad, álzase la vieja Ceiba.

Sin una hoja. Gris, sucia, triste.

Su tronco, lleno está de hondas cicatrices y nudosas protuberancias. Y de alto a abajo, innumerables manchas blancas, numerosos lamparones amarillentos, negruzcos; incontables parches verdosos, tatuan la corteza roñosa.

Erguida, aislada, destacándose sobre el alegre fondo de las verduras y las ardientes cales de los caminos, el aspecto de la Ceiba es desconsolador.

Por el tronco y por las ramas, adheridos a la corteza, discurren los *chejes* diligentes. De cresta roja (de un carmín tan puro como el de la flor del platanillo), el plumón ceniciento y las alas plomizas rayadas de listas carmesí, llegan a toda hora a picotearla, buscando los gusanos. Y sus picotazos suenan en la madera carcomida, como los golpes sordos de un martillo remachando los últimos clavos de un ataúd. Y ese trabajo menudo, laborioso y tenaz del pájaro, mina cada día más el organismo de la Ceiba desamparada.

De algunas de sus ramas sólo queda, por milagro, el cascarón. Y cada golpe de viento



parece que va a derribarlas. De otras, apenas queda la mitad, tal como si fueran brazos mutilados. Otras se entrecruzan, sosteniéndose trabajosamente unas a otras, amuletándose mutuamente. Alguna, en las sumidades, se encorva hacia tierra, jorobada, dividida por una rajadura, como horrible cicatriz de herida de machete, y en la que, una lechuza fosca, pasa todo el día alisándose las plumas y sumida en hondas reflexiones. En la cruz madre han encontrado lugar propicio en que prenderse unas cuántas parásitas melancólicas, entre las que ni la leve alegría de una descolorida flor se atreve a romper aquella desoladora monotonía.



* * *

Sin una sola hoja, la pobre Ceiba, descascarada, inútil, mutilada, se alza en la blancura de los caminos, como un fabuloso Término decadente.

Por la mañana, no la despierta la jocunda cháchara de pollada alguna. Los nidos también la han abandonado por vieja, por fea. Espanta a los pájaros, como la *Sigüanaba* a los niños. Bajo la luz violenta del medio día, la sombra proyectada por sus ramas da el efecto de un cangrejo desfigurado, de algún cangrejo diabólico de pesadilla, arrastrándose penosamente sobre la capa de polvo calizo. En la tarde tranquila, cuando todo canta, presintiendo el sosiego que se acerca, la vieja Ceiba permanece sin un arrullo, muda como un arpa descordada e inútil. El viento no la acaricia. Pasa por ella, de largo, sin detenerse un instante. Sólo cuando silba la tormenta, es cuando ella produce algo indefinible, algo como un gemido que saliese de muy hondo, como si la pobre Ceiba se quejase, tal como en la leyenda la cornamenta del Sad-huzag, florecida de setenticuatro mogotes, vuelta al viento Norte. En la noche estrellada, los luceros compasivos la iluminan, prestándole un relieve fantástico. Y en las noches tempestuo-



sas, todas de betún, se ennegrese como el cielo; y la luz de los relámpagos la ensangrienta y la lluvia la empapa.

La pobre Ceiba, fija en su sitio, alta, solitaria, triste, contempla con melancolía el horizonte; envidia el triunfo de los árboles jóvenes; siente la gloria de los pájaros libres; piensa en lo que fue, en sus gallardías de Ceiba nueva, galanteada por todo lo que vuela, y harmoniosa en sus buenos días pasados; y *ve* lo que *ahora es*, achacosa, desgarbada, cubierta de musgos, como de un sudario funeral; refugio de dormilonas lechuzas y de dorados escuerzos, resquebrajada, desmenuzada en lento y menudo suplicio por el pico voraz y firme, pico de acero, de los *chejes* inquietos y laboriosos.

La vieja Ceiba tiene recuerdos, como cualquier abuela arrinconada; y seguramente, gustará de removerlos, con indecible melancolía, cuando las cenizas del crepúsculo apagan las últimas púrpuras de la gran hemorragia solar.

Tiene recuerdos seguramente...

Fue joven ceiba, galanteada por todo lo que vuela.

Fecunda, arrojó semillas; y madre es de una generación de ceibas nuevas, que, a su vez, han poblado con sus millares de densos follajes el radio de muchas leguas.

En medio de su descendencia, agoniza la abuela. Por la tarde, de lejos, alguna brisa compasiva debe traerle caricias de aquellos verdes brotes de su sangre.

Y allí permanecerá, en el lindaño de la carretera, en el lugar preciso en que se confunde con el camino que viene de la aldea.

Allí permanecerá, erguida todavía, sin una sola hoja, sin una roja flor en las axilas de sus ramas, sin el amago tan siquiera de una de las piñas escamosas que un tiempo la esmaltaron como un suntuoso aderezo.



Allí permanecerá, abandonada, solitaria, gris, sucia, triste, esperando la hora fatal en la que el filo de las hachas la derribe; y despedazada, hecha rajas, ir a arder al poyo de la cocina de alguna de esas viejecitas canas que, en sus cuentos inocentes, hablan de ella en un ingenuo lenguaje lleno de imágenes pintorescas, como de un lugar de cita de brujas cabalgadoras y duendes saltarines, de paso, en caravana, al aquelarre de algún apartado negro Broken tropical.

LA CULEBRA




DE EL SALVADOR

Van los tiradores, el uno tras el otro, los cinco. Van, los cinco, por el angosto sendero trazado en el arrozal, de Oriente a Poniente. El sol, cayendo a plomo, les aturde. Es un sol implacable, bravío, que hace arder, en oleadas mudas de blondas llamas, el desplegado, el infinito mar de espigas maduras. Ningún soplo agita aquella masa. El arrozal duerme su siesta de oro. Tranquilo, uniforme, interminable. Es apenas, de trecho lejano en trecho lejano, que esa uniformidad magnífica se ve interrumpida por el abierto parasol verde de algún árbol. En cierto de ellos, que no podríamos precisar, un pájaro gorgoriza *chliuuy chiiuuuuyyy joojuiiiil*, repitiendo, ritornizando el motivo hasta la monotonía. Y nada más.

Por el angosto sendero, van el uno tras el otro los cinco tiradores, escopeta al hombro, mochila al riñón. Van los cinco, cautelosos, avizorantes, hurgando entre los escasos claros que la siega ya emprendida va dejando, como lagunetas sienosas enmedio del sembrado.

Bajo las suelas de las botas, los terrones se van desmenuzando. Los terrones así tritu-



rados, crujen, y ese crujido seco y áspero, se expande, sonoro, por la diafanidad del ambiente. Alguna parvada se alza, súbita, sin dejar tiempo a que ninguno de los cinco tiradores requiera la escopeta y haga fuego. Las tortolitas, las turcas, las peteneras, algún tordo prieto entreverado, saltan de entre la apretura de las espigas, y parecen burlarse de los buenos hombres. En el *riiichsss raaachsss* de abanico de su vuelo hay algo de risa burlesca.

De pronto, al desembocar en un claro, el mozo que los guía, grita, dando un salto atras:

—¡La culebra!

Súbitamente, los cinco tiradores que han venido desde el pueblo a una cacería en la hacienda, los cinco tiradores que son neófitos en estos trances cinegéticos, sienten que por todo el cuerpo, bajo la piel, les corre un vivísimo escalofrío. Sin dar un paso, como petrificados por el terror, los cinco buscan ansiosos. Y sin esfuerzo, espontáneamente, desfilan por su memoria, atropellándose, todas las historias en que las culebras protagonizan. Las *ven*, esas historias, con precisión admirable, con una nitidez sorprendente.

—¡La culebra!

La palabra, sonando en sus oidos bajo aquel sol, perdidos entre aquel mar de espigas doradas, hipnotízales, como si el fluído de los ojillos de las serpientes, esos redondos ojillos, menuditos y dominadores, estuviesen fijos, fijos en ellos, al través de las nieblas que, condensándose en el tiempo, distancian la época en que las fábulas se desarrollaron.

En medio del claro, enrollada formando algo como un *yagual*, está la culebra. Negrusca, del color de lodo pútrido, listada de rojo, las escamas de un irradiar cristalino, secas y redondas, y como erizadas



por un susto, está ocupada en preparar su comida, echada sobre algunas espigas olvidadas. Era la presa gastronómica una pobre gallinita montés, gris como una pelota de ceniza amasada. Lamíala por todos lados con lengua voraz, larga y delgada, bifurcada en el extremo como vidente infernal; alizábale las plumas con cuidadoso esmero, preparándola para engullírsela perfectamente, sin que nada pudiera estorbárselo, como una apetitosa albondiguilla. Se complace en hacerle a la pobre gallinita gris, inocente comedora de gusanos y de hormigas, gorda para su desgracia, un diligente y fúnebre aderezo. Los ojos sin párpados de la culebra brillan redondos, a la manera de dos ónices tallados, fijos en el grupo que forman los cinco tiradores. Sienten todos aquella mirada fluyendo sobre ellos, envolviéndolos, apresándolos como en los hilos tramados de una red. La sienten casi física, dolorosa, aquella mirada aguda, misteriosa, atrayente, mordiendo en sus carnes como un vitriolo.

De pronto, cual si sospechase un ataque, comenzó a desenrollarse, a desenrollarse. Se advirtió en ella, perfectamente, el movimiento contráctil de todo su largo cuerpo nervioso. Los anillos se desplegaron, hinchándose. Se extendía sobre las espigas como una S inicial, una S gótica sobre el pergamino amarillento de un viejo infolio.

En el instante en el cual los tiradores la sorprendieron, iba seguramente a tragarse la pieza, para ir en seguida a digerirla, satisfecha, en las blanduras de la siesta, en algún lugar seguro. Se la ve moverse. Iba a escapar. Súbito, suena un tiro, repercutiendo como un petardo. La culebra se estira rápidamente, ondulante como un látigo. Parece querer ponerse de pies. El punzón de su cola, afilado, brilla como el



extremo de un bisturí; en su cabecita chata, la boca se abría desmensuradamente, redonda como una O, y la lengüeta comienza a agitarse, a agitarse, fina, sutilizada; casi se borra por la rapidez del movimiento, en el destello cegador de una faceta herida de firme por la luz. Una ansia cierta de venganza la llenaba. Por un momento pareció decidirse. Aquietándose un momento sobre las espigas, parece que va a saltar, resuelta a todo; pero de pronto, se la ve arrastrarse penosamente, internarse en lo tupido del arrozal. Se percibe perfectamente el arrastre claudicante y angustioso de aquel largo cuerpo herido que se aleja, que se aleja más y más.

En el claro, la pobre gallinita gris queda abandonada, toda húmeda, lista para el bocado, mientras la culebra se arrastra, se arrastra penosamente, se interna cada vez más en aquel mar de espigas, y va a morir en su cueva, si la alcanza a fuerza de penosas fatigas, o solamente procurando alcanzar refugio final al abrigo de alguna macolla quemada.

LA VÍSPERA DEL DÍA DE LA CRUZ




DE EL SALVADOR

Apiñadas en grandes canastas de caña, en amarillentas cestas de esparto, en flamantes canastillas de junco, en cofines de palma, en rústicos *huacales* de morro, en pequeñas bateas de madera sin pulir y en abollados cuencos de hojalata; o bien, desparramadas, sin orden ni simetría alguna, sobre el cemento de los andenes o sobre el empedrado de las calles, están las frutas, están las flores que los campos envían, en esta gloriosa mañana del mes de mayo, para conmemorar la Invención de la Santa Cruz.



* * *

Allí, en montones, apiladas en desorden, se ven, primeramente, las ramas, los despojos de los árboles.

Allí está la rama de laurel, en gajo de hojas coriáceas, anchas y lustrosas, de un verde sombrio. Allí la rama de *paràiso*, de hojas menudas, en forma de ginetas, constelada de corimbos de menudas florecillas de un lila agonizante. Allí están las ramas de mamey, con sus hojas persistentes, gruesas, como moldeadas en cera, con el revés entrecruzado de nervios, a la manera de las alas de los murciélagos. Allí están las ramas de aceituno, con sus florones de hojas elípticas, puntiagudas, de un verde lustroso y cristalino. Allí, en anudadas gavillas, están las ramas de pino, con sus hojas en escobillones de cerda teñida en verde de cardenillo. Ahí están las ramas de *maculishuat*, suplantadas las hojas por los vistosos racimos de flores, rosadas como las flores del cerezo. Allí también, junto al pueblo de las ramas, están las haces de palmas de coco, las macollas de palmas silvestres, los trincheros de helechos y de musgos, de hojas de *quequeisque* y de *pacaya*. Hay también una infinita variedad de parásitas. La ruda carga el ambiente matinal con sus



acres efluvios medicinales, mientras el *pie de niño* luce el metal repujado de sus hojas en forma de lancetas. En un *puesto*, los *cuchillos* hacen pensar en un anudamiento de grandes langostas de mar, o en un erizamiento de lanzas indígenas, frescas aún después de una grandiosa carnicería. El carmín y la laca de los mangos contrastan con el oro encendido de las naranjas, el esmalte verde de las limas y el rojo de cardenal de las sabrosas *pitahayas*. Los cocos se amontonan, sueltos o en racimos, como pilas de bombas de una artillería de glotones, junto a una espesa y nutrida alfombra de *güiscoyoles*, de un negro cambiante del abenuz. Las granadas rajan su cáscara, como estuches de cuero amarillo que dejasen adivinar, sobre la seda del fondo, prendidos y ordenados en ringlas, los rubíes de sus pepitas. Los terrosos mameyes, y los granulentos zapotes funden sus aromas mielosos en la onda fuerte, picante y obstinada de los melones de Castilla. De las entrecruzadas cañabravas de una ramada improvisada, cuelgan en hamaca, las sartas de *flores de la cruz*, ya de un blanco amarfilado, ya de un tinte de hez de vino tinto. Los capulines monteses, amontonados como perdigones sobre un lecho de húmeda hoja de plátano, están en la vecindad de las rimas de uvas silvestres, de los matates de *güiscoyoles*, negros como el azabache, de las *flores de corozo*, extendidas en sus entreabiertas vainas de cuero; de los oblongos melones de Castilla, como sangrando bermellón; de las paternas, de las sandías, de las hendidas papayas, de las doradas naranjas, de los marañones rojos y amarillos, con sus semillas de pedernal; de las piñas escamosas, requemadas, con su corona de hojas; de los matasanos, a través de cuya piel traslucida se adivina la carne de un amarillo



azufroso; de los caraos, como serpientes despuntadas; de los racimos de guineos, destilando miel; de los jocotes, de las pitarrías, de los plateados caimitos, de las guanábanas, llenas de púas; de los icacos. Y junto a ese mare mágnum, los chonchos frescos, chonchos rosados, chonchos color de violeta, chonchos blancos, con blancura de concha marina; la *corona de Jesús*, majenta, formada apenas por tres telitas como párpados fatigados, transparentes, con sus pistilos bermejos, rematados por una pringa amarillo canario; la *colación*, de capullos como cuentas de rosario; los *quiebracajetes*, esponjados, redondos, asperjados de rocío, revueltos a la plebe de las campanillas, a los *bejucos de chilillo*, a los claveles de cambray, a las sartas de estefanotes....

El ruido es ensordecedor. Van y vienen, atareadas las sirvientas, concluyendo de colmar sus canastas.

Una mujer, con una *tombilla* colgada al brazo, anuncia, a grito pelado:

—*Oro y plata! Oro y plata!*

Al que contesta al otro extremo de la calle, una voz masculina:

—*La chipiona!.... El fresco de Jerusalén! ....A medio el vaso! ¿Quién quiere?*

Y luego:

—*Las cruces! Las cruces!*

ofrece una vendedora, desde su *puesto* en el que, arregladas sobre una mesa, se alzan cruces de madera pintadas de un verde chillón, unas desnudas por completo, otras ribeteadas de un oro todavía más detonante que el verde; otras, sosteniendo, cruzadas sobre los brazos labrados a escoplo, una tira de lienzo blanco, con su pie de corniza pintada de rojo, como si perpetuara, al través de los siglos, el jugo de la sangre del Redentor.



EL APORREO DEL ARROZ


DE EL SALVADOR

El aporreo del arroz va a dar principio.

En uno de los flancos del arrozal, la plazoleta ha sido labrada a fuerza de azadón. La plazoleta es de forma cuadrangular. Su piso está perfectamente limpio y hollado. El sol, cae de plano, sobre la superficie barrosa, y en ella rebota, reverberante.

A ambos lados de la plazoleta, van apilándose las primeras gavillas que llegan. Poco a poco, conforme van llegando más y más gavillas, van elevándose a uno y otro lado sendas trincheras doradas.

Es una procesión, de la plazoleta a la mies, de la mies a la plazoleta. Con las risas, alternan las canciones, unas canciones infiltradas de cierto dejo de tristeza, y que tienen motivos que nunca concluyen.

***

En medio de la plazoleta, han levantado la garita.

Pero la garita de los aporreadores está horra de techo, horra de paredes. Todavía no luce al sol su caperuza. Hay que esperar las primeras espigas desgranadas, para con ellas envolver la armazón de varas entretejida de bejucos.



***

Comienza el aporreo.

Los dos aporreadores, al aire el torso vigoroso, van a las pilas de mies, y cada uno toma su haz. Cada cual, con los brazos sumergidos hasta los codos en la masa dorada y crujiente, va, maquinalmente, separando las espigas, y formando al tacto los puñados. Luego, al retirarlos, los levantan, y los van sacudiendo. Alguna borraja menuda se desprende. Cae alguna campánula magullada. Alguna rosada bolita de zarza se despenica.



***

Los aporreadores aperciben las gavillas.

En alto, blandida por sobre las cabezas, las gavillas resplandecen como cegadoras oriflamas. Las gavillas caen, alternativamente, y van soltando el grano. Las pepitas de oro saltan rebotan, caen, en copiosa lluvia. Las pepitas se van colando por entre las flexibles varas del *tapexco*, y forman sobre la tierra gredosa, mullida alfombra.



* * *

En el entretando, el «momento» estival ha llegado a su máximo esplendor.

La hora meridiana se avecina.

El sol, un sol fogoso e indómito, chorrea su lujuria sobre el paisaje.

La fiesta del oro está en su apogeo.

Hay oro en el grano que salta, rebota, y brilla al rededor de la garita, como un enjambre de abejas zumbando al contorno de una colmena.

Oro en las gavillas amontonadas, en que que cada arista es un nidal de chispas.

Oro en el terrón del surco, que mantiene compacto la tramazón de raices de la grama.

Oro en el filo de las hoces que se elevan, y caen, segando.

Oro en la espiga, que se dobla y muere.

Oro en el cielo rezumando crudo añil.

Oro hasta en las perlas de sudor que van chorreando por la piel atezada de los segadores.

La fiesta del oro está en todo su apogeo!

* * *

Y como para darle mayor esplendor al festival pagano, las *chicharras* (la única nota viviente en medio de este fastuoso paisaje estival) atruenan el espacio con su estridente canturria.

Y nada, nada más que las *chicharras*.

* * *

Próximo el tramonto, cuando ya el sol, al herir de soslayo, concreta sus rayos en un gran halo tibio, los segadores regresan, con las últimas gavillas.

La plazoleta es una sola montaña de granos. Van los aporreadores, van los segadores, van los astrosos muchachuelos, hollando sobre aquel mullido tapiz. Los granos crujen, chirrían, bajo la planta desnuda, irrumpen por entre los callosos dedos.

La carreta va a llegar, de un momento a otro. Ya se oyen, muy a lo lejos, los porrazos de sus ruedas en los hondos relejes que otras ruedas han labrado en el estrecho sendero.

Y los aporreadores, los segadores, los astrosos muchachuelos, se aunan para encostalar el grano. El costal despliega su bocaza entre las puercas manos que la distienden. Con *huacales* los aporreadores, los segadores, van recogiendo el grano, y derramándolo dentro, hasta colmar los costales. Una vez cosidos éstos, van siendo apilados a un lado. Quedan listos para ser chequeados y cargados.

La plazoleta, paulatinamente, va quedando limpia.

Uno que otro montoncito queda, al acaso, salpicando con su caliente brochazo el piso



barroso. La escoba viene entonces, y va barriendo esos montoncitos; recogiendo, arrastrando los granos dispersos, hasta juntarlo todo en un solo montón, en el que se adivinan, mezclado a los granos, restos de cañas, hojas mustias, guijarros, borrajas marchitas, alguno rosada borlita de zarza, alguna campánula magullada...

La carreta ha llegado. Van apilándose en ella los costales henchidos, que un carbón ha marcado con una cruz. Y sobre los costales, se amontonan los azadones, las hoces, las palas, las cumas, los *huacales*, los vacíos *matates*. Y encima, los aporreadores, los segadores, las astrosos muchachuelos, se encaraman ellos también.

La carreta se aleja. Los porrazos de las ruedas en los hondos relejes, son ahora más fuertes, más sonorosos. Se percibe, además, el chirrido de las coyundas en el yugo. Se perciben también los crujidos del eje. Ya va muy lejos la carreta, ya va llegando casi a la casa de la hacienda, y todavía, de la plazoleta del arrozal puede distinguirse claramente, el estruendo de su fatigoso arrastre.

* * *

La plazoleta ha quedado sola, silenciosa. La superficie del piso barroso, del que el sol se ha retirado, cobra un tono opaco. A pesar del barrido, algunos granos quedan aún dispersos. Atraídos por ellos, van llegando las peteneras. Van llegando las torcaces. Llegan las *gustumonas*. Llegan las turcas. Llega, hasta la humilde y tímida tortolilla. La plazoleta se llena entonces de plumones sacudidos, de alas agitadas, de arrullos quedos...



* * *

El sol ensangrienta las peladas crestas de las montañas. El horizonte es de ardiente carmín. Es de violeta nacarado. Algunos estratos se empapan en el oro solar, y parece arder, de dentro para fuera. Las *chicharras* han enmudecido. Es ahora el discreto modular de unos zenzontles, el que ha sustituído al estridente chirriar de las *chicharras*. El arrozal desangrado, entra en el reposo. Va a entrar también en la sombra. Duermen las espigas sentenciadas a muerte. Sobre el surco, yacen algunas abandonadas, olvidadas.

La noche se avecina. La noche va a llegar.



LAS PRIMERAS LLUVIAS DE MAYO




DE EL SALVADOR

La primer lluvia de Mayo, ha caído esta tarde.

Ha caído bruscamente, después de todo un día de calor exasperante.

De pronto, el sol se ha ocultado; y el cielo, de un intenso añil, ha comenzado a descolorarse, a ponerse ceniciento, a ennegrecerse, por último. Se ha cargado de nubes ollinosas que se amontonan en el horizonte, en inmensos bloques. Ha comenzado el viento a sacudir los follajes, a levantar remolinos de polvo y arrastrar avalanchas de hojas secas. La luz cobriza de los relámpagos ha hecho hendeduras profundas en el espacio grumoso. Y la lluvia ha principiado a caer. Han sido primeramente unos cuantos goterones los que, desprendiéndose de lo alto, han comenzado a apedrar la tierra. En seguida, el goterío se ha tornado en copioso aluvión. La tierra se esponjaba, fruída; dilataba, ávida, sus poros; se hartaba de frescura. Ha llovido larga, interminablemente. Hasta bien entrada la noche ha estado diluviando. Y cuando los grifos celestes han dejado de derramarse, ha principiado a correr una brisa húmeda, impregnada del aroma de la tierra



mojada y de las emanaciones de las hojas redivivas. El cielo, limpio de nubarrones, ha cobrado una diáfana pureza. Y entre el raigambre de viejos troncos los grillos han principiado a estridular.

* * *

La labor de labrar las tierras ha dado principio muy de mañanita, con el alba que pintaba. En los barbechos, los terrones se han ablandado con la lluvia.

Durante la tarde de ayer, en el corredor de la casa, los mozos han preparado los aparejos de los arados. La rigidez de las coyundas ha sido laxada a fuerza de unto. Revisados y bruñidos los arados. Ha habido que cambiar algunas rejas desgastadas por el uso, que reponer otras, comidas por el orín. Las puntas de las puyas han sido sutilizadas. Los yugos ha habido que hacerlos de nuevo, porque los viejos resultaban demasiado pesados. Ahora son de madera de *huachipilín*. Bastante livianos, y perfectamente labrados.

La aradura ha principiado por las hazas del *Pepeto*. Hay que prepararlas para sembrar ocho medios de maíz. Han ido a la faena el *Tordito* y el *Lucero*, dos bueyes overos, mansos y sufridos. De nuevo, como en el año anterior, como siempre, véseles caminando, el uno pegado al otro, caminando con placidez bíblica. Y el arado, regido por la mano tosca y el forzudo brazo de Antolín, va desflorando la tierra blancuzca, haciendo brotar de las incisiones la tierra



negra y fecunda. Queda el campo cubierto de surcos paralelos, abiertos como heridas exangües. Vuelve, por segunda vez a pasar el arado, como machete que se ensaña en la honda llaga. Y tras Antolín, esta vez, los dos sembradores que le siguen, van regando la semilla. En un tarro llevan el maíz. Agarran el puñado y van dejando caer, alternativamente, tres granos, tres granos, tres granos. Una vez caído el grano, con el pie, en un movimiento rápido, destripan los terrones y empujan la tierra al surco. En seguida, con el talón, oprimen ligeramente el sitio y prosiguen en su labor sin volver la vista atrás.

Antolín tiene apenas que estimular su yunta. Ella va, paso a paso, tarda, calmosa, la testuz abrumada, babeantes los lustrosos belfos, el ojo redondo y de tierna expresión clavado en tierra. La armazón de las costillas realza bajo la piel, pelada hacia las ancas, en una de las cuales la figura de los fierros anuda sus geroglíficos. *Tordito* y *Lucero* es un par de bueyes inmejorables. A ellos, todos los años, toca la iniciación de la aradura.

Tras el grupo, y al gulusmeo de algún grano caído al descuido, o por si se puede rapiñar alguno mal sepulto, van, en parva, a brincos, en revoloteos cortos y a flor de tierra, o en correcta y ceremoniosa fila, como mandarines chinescos, los endiablados *clarineros*. Ellos, y toda la demás canalla de la pluma, son los que en esta época, dan que hacer a los pobres labradores. Cuando el brote despunta, cubriendo el campo como con una enorme tela de mullido terciopelo, caen en pandillas, en verdadera avalancha, sobre los campos, para hacer de las suyas. Ha llegado su desvergüenza y su cinismo a grado tal, que se ríen del *espantajo* puesto en medio del sembrado. El medio más



eficaz de hacerles emigrar, y que se emplea mucho por este valle, es la munición. A tiro limpio los campesinos logran salvar sus siembras de los picos de esos voraces desarrapados.



* * *

Las hojas secas, que los últimos vientos del verano arrancaron de las ramas de los árboles, yacen, aglomeradas en tierra, y se van pudriendo, convirtiéndose en abono.

La intrincada maraña ha reverdecido. Bajo los breñales, entre las hierbas locas, el paso furtivo de un conejo, o el arrastre de una culebra, no tienen ya ese crugido misterioso de antes.

Las claras y transparentes linfas del «ojo de agua», removidas por las tormentas nocturnas, amanecen turbias, limosas. Sobre su lámina, no puede copiarse el retazo de cielo que apenas dejan pasar los ramajes encorvados ni las grandes hojas carnosas de *quequeishque* que lo circuyen. Patinan sobre ella insectos que arrugan las aguas tranquilas con sus largas patas. Al rededor de esos insectos se va formando una serie de círculos concéntricos que se ensanchan paulatinamente, hasta quebrarse, hasta borrarse, al chocar con los tallos de los berros que en apretujadas manchas esmaltan las orillas.

Los árboles gotean, como esponjas henchidas. Y en la hojarasca se quiebra en mil reflejos cristalinos la luz de un sol que no llega a calentar.



* * *

Las primeras lluvias de Mayo pueblan las cercas de campanillas vistosas y prolíficas.

La vieja ceiba, que se ha desprendido de sus hojas, una a una, como si se desvistiese con la neglicencia de una anciana achacosa, enseña sus desnudas ramas, cuajadas de nidos mojados, a cuya vera cantan despepitándose, mientras remueven el plumaje y esponjan las alas, la pandilla de pájaros caseros.

Sobre las hojas del platanar, lustrosas, como esmaltadas, tiene el goterio vibraciones de parche guerrero.

Y el chaparrón crepuscular, brusco, lleno de viento, que trae remolinos de hojas secas y efluvios de azufre, hace palpitar, en infinitas ondulaciones, los airones del cañaveral.



* * *

En el pueblo son las primeras lluvias de Mayo las que traen la fiesta de la Virgen. La humilde iglesita echa a vuelo las dos únicas y tartajosas campanas de su torre enjalbegada, y cubre de un manto de flores, de un bosque de hojas, sus toscos altares. Florean los naranjos de las calles silenciosas. Los azahares maduros, después de haber derrochado en las frondas el tesoro de sus aromas, caen, o van en guirnaldas de nítida blancura a oprimir la frente de las muchachas enamoradas que celebran sus nupcias. Los *madrecacaos,* agrupados alrededor de la pila, en medio de la plaza, hacen irrumpir sus gajos de capullos de rosada nieve. A los aleros de las casas llegan las golondrinas a guarecerse de las lluvias. En el encalado campanario que domina los techos con su tosca arquitectura, se parapetan los gorriones. Las parvadas de albas palomas pasan, bajo el cielo azul.



LA SIESTA DE LOS ZOPILOTES




DE EL SALVADOR

Los zopilotes, abrumados por el ardor canicular, han sofrenado su vuelo, su vuelo tardo y solemne.

Los zopilotes se han detenido, jadeantes, y, escalonándose de una manera simétrica en las ramas del viejo carao, se dejan vencer por el sopor que fluye de la atmósfera.

Los zopilotes, ya acomodados en las ramas del viejo carao, doblan el cuello, zabullen la cabeza bajo las alas medio desplumadas y se quedan inmóviles.

Los zopilotes dormitan.

Y las manchas negras de su plumaje, las manchas intensas y uniformes, se destacan, netas, sobre el fondo de índigo del cielo diáfano y transparente.

Al carao en que los zopilotes se refugian, los años han ido, despiadados, despojándole de todas sus hojas hasta dejarlo mondo. Y es así que sus ramas se extienden retorcidas, atormentadas, coronando el tronco rugoso, como los ocho tentáculos de un pulpo.

Los zopilotes dormitan.

Mientras tanto, el sol cae a plomo sobre el cantizal.

Cae a plomo, y hiere las aristas de los cantos, los filos de los guijarros rodantes,



arrancándoles cegadores destellos. Cae, y reverbera en la arena como sobre una lámina de antimonio.

A la vera del cantizal, que es el antiguo cauce labrado por las torrentadas que bajan del Volcán; a la vera del cantizal, siguiendo sus quiebres, calcando todas sus curvas y todas sus irregularidades, corre el cerco de piña. El cerco está enrarecido. Las pencas han perdido su barniz. Deslustradas por la costra de polvo recalcitrante, se yerguen, como maraña de lanzas oxidadas, y no sienten, como los cercos montañeros, ceñida a su desnudez, la gaya caricia de las enredaderas. No son más que guarida de lagartijas y *garrobos;* y es muy raro que de entre ellas irrumpa algún pájaro. Ingrato es el sitio, en el que apenas, por toda vegetación, se agarran a las laderas calichosas, entre los peñascos arenosos, unas cuantas matas de *izotes*, unas cuantas higueras silvestres, resecas, telarañosas, y en las que los frutos se enraciman cual piña de pequeños erizos en los extremos de las ramas, nudosas como cañutos.

Por entre los ramajes deshojados, todos impregnados de polvo, salpicados por las manchas de las defecaciones de los zopilotes, se columbran las paredes lechosas, los techos plomizos del Rastro. Y en medio del ardor canicular, el olfato percibe, como un zahumerio, un acre olor de sangre.

En el entretanto, los zopilotes dormitan.



LA TORMENTA




DE EL SALVADOR

Después del incendio del mediodía, el sol, paulatinamente, ha ido amenguando la intensidad de su hoguera.

Han sido las llamas voraces las que primero se han extinguido, como al poderoso soplo de un gigante. Y en el rescoldo, entre las cenizas, han sido entonces las brasas las que se han quedado, crepitantes, como nidal de inflamados corales.

El azul del cielo, momentos antes de un intenso azul de Prusia, ha comenzado a descolorarse.

En el preciso instante de extinguirse la pira solar, queda el cielo como en suspenso, como atónito. Es su color, un color mate; su tersura, una tersura pizarrosa; pero siempre ese color es azul, tal vez de un azul más hondo, más azul que antes. Pero a ese azul le falta transparencia. Es un azul sordo, inexpresivo. En seguida ese azul siéntese contaminado. Vese, perfectamente, como va empalideciéndose; como va, por grados, agotándose. Se ve morir el azul. Y es una deliciosa agonía la de aquel tono, que pasa por una escala descendente de matices, para acabar concretándose en un delicado gris de perla. Todo el cielo se presenta ahora



como una enorme perla. Pero es una perla opaca, sin el más leve, sin el más insignificante reflejo. No perdura, sin embargo, ese aspecto otoñal. La perla parece haber enfermado; va ensuciando su oriente. El gris de perla, es ya un gris de ceniza, de ceniza de tabaco ordinario. Ese gris, se intensa más y más a cada instante, hasta llegar, todo, a convertirse en un tono de plombajina. Es, entonces, un cielo de duelo. Sórdido, hermético, en cuyo seno tenebroso siéntese que se está fraguando algo espantoso.



***

Por detrás de la cadena de montañas que amurallan el horizonte, comienzan a surgir columnillas de humo, columnillas de humo como escapadas de misterioso pebetero. Son frágiles esas columnillas en espiral, que resaltan blancuzcas, casi transparentes, sobre el uniforme fondo obscuro del cielo. No bien surgen, no bien ascienden, inciertas un tanto, cuando ya se disgregan; son absorbidas, como la gota de tinta por un secante. Algunas logran escapar a la formidable succión. Y esas vagan un instante, al acaso, como raigones de alguna gasa. Llega la hora en que esos raigones, en que esos vaporosos retales, toman cuerpo. Van intensificándose, van revolviendo, van enredando sus livianas guedejas. Forman extensos chales, que a su vez se extienden, se compactan, se densifican hasta llegar a formar nubes, nubes, nubes que cobran colosales proporciones.



* * *

Y entonces las nubes, agrupándose, forman bloques formidables. Ruedan por las estribaciones de las montañas, desde las cumbres, hasta detenerse al pie, apelotonadas, formando cuadros estratégicos, como si esperasen algún colosal ataque de caballería.

O bien pasan, por lo alto, en grupos, a la desvandada, como filas de acorazados en retirada, entre las nieblas de un mar muerto.

O van, como inmensa caravana de dromedarios negros al través de ilimitado desierto, que azota la furia del simún.

O como formidables elefantes indios, esos majestuosos elefantes ceylaneses, desfilando, solemnes, enjaezados de luto, con sus torres blindadas sobre los lomos. Son los elefantes que van al junglar, a la caza del tigre, para recrear los ocios de un aburrido rajah. Son, los mismos elefantes, ahora rituales, que marchan, calmosos, graves, en dirección a una pagoda terriblemente grande, cuyas columnas fantásticas se han elevado en un instante, llenando todo un flanco del horizonte.

Son las nubes que evolucionan, las nubes que desfilan, negras, alborotadas, fúnebres, infernales . . .



Son las nubes que galopan en compacto escuadrón. Son nubes que saltan el obstáculo, en desorden épico; y van a parapetarse allá, al Sur, en donde comienzan a serpear cárdenos relámpagos.

Se alzan nuevas nubes, más nubes, muchedumbre de nubes, nubes a pelotones, nubes en ejércitos, extendiéndose hasta invadir por completo el espacio.

Y al Norte, por el paso del valle, por donde el río hace su entrada, mírase, resaltando del tono general con su tinta más negra, más intensa, como basta fábrica de piedra, castillo feudal sobre cuyas almenas parecen flamear negras banderas; murallas inexpugnables, torreones estratégicos, terrazas sobre las que podrían discurrir, armados en guerra, los dioses de un surgido Whalaya.

* * *

Y sobre la tierra, empapada de tristez_ y temblorosa de congoja, comienza a fil trarse una sombra de luz, pálida, temblorosa también, como aluvión lento de ceniza cernida. Luz que flota, a girones, antes de caer. Luz en andrajos. Luz que acaba de empañar, que marchita, por completo, el poco de brillo que resta a los colores y nulifica los últimos detalles, amasándolo todo en una sola uniforme masa amorfa. La Naturaleza después de la modorra del mediodía, despierta sobresaltada. El cielo la amenaza. Parece que va a desplomarse sobre ella y aplastarla en su furia. Es el caos que se aproxima. Todo se confunde, se disfumina, se borra, se va. Hasta la doble fila de montañas de potente estribación, de acusados picachos pétreos, se pierde, se sumerge entre las nubes.



* * *

De súbito, un trueno prolongado asorda los ámbitos del espacio. Rueda, se arrastra horrísono hasta las últimos rincones del valle. Luego le sucede otro. Y otro. Y otros. Son descargas sucesivas de millones de fusiles invisibles. Detonaciones de poderosa artillería. Los relámpagos, antes confinados a un rincón del horizonte, en el que crepitaban como enjambres de víboras de fuego, se alargan, crecen y avanzan hasta el centro del espacio. En el ambiente corren efluvios azufrosos. Y la tierra, negra y húmeda, despide emanaciones de hojas que se pudren.

Las nubes, compactas, comienzan una serie de evoluciones, flageladas tiránicamente por los relámpagos. Se despliegan, en un golpe brusco, azuzadas, para volver a agruparse nuevamente; galopan, como pelotones de caballería, para arrollarlo, atropellarlo, pisotearlo todo. Se amontonan, oponiendo invencible valla a algo que avanza en la sombra, para luego desplomarse, saltar en mil pedazos, en un confuso remolino hollinoso, como al golpe de la dinamita, y extenderse en amontonamiento de escombros humeantes.



* * *

El viento se desata.

Avanza con el estrépito ensordecedor de una marea. Llega, removiendo la hojarasca, quebrando ramas, levantando el polvo de los caminos, arrancando malezas, doblando espigas. Es un torbellino indescriptible. Llega haciendo escapar, loco, despavorido, al ganado, la cola erizada, en alto; los grandes ojos llenos de espanto. Las pobres ovejas se acurrucan, temblantes, llorosas, las unas contra otras, apretadas, entre los montones de zacate del aprisco. Los pájaros, desamparados, se apresuran a guarecerse sobrecogidos, en sus nidos inseguros.

Y el viento pasa, arrastrando pedazos de nubes disgregados de la gran masa, desgarrándolas, abandonando hilachas de ellas sobre los techos de los ranchos y entre las ramas de los árboles que cabecean azotados, inclinándose en una violenta genuflexión hasta tocar el suelo con sus cimas.

Y suena el viento, como un olímpico coro de cornetas. Suena, como un estruendoso redoble de tambores, que anuncia y sigue el paso de los estandartes desplegados. El viento, que amenaza...El gran viento, que todo lo arrolla impetuoso. El viento, que se encrespa como un océano ensoberbecido.



El viento que pasa, como un atronador rodaje de cañones, lacerante preludio de exterminio y de muerte. El viento que peina las crines de los cascos de los guerreros. El viento que alimenta los incendios devastadores. El viento que besa y marchita las heridas de los que caen en los campos de batalla. El viento que azota y desgarra la seda de las banderas. El viento que hace lira de los esqueletos abandonados, y harpa de los fúnebres pinos. El viento que azuza las iras de las fieras desamparadas en lo profundo del bosque en una noche fatídica. El viento, que trae gritos, que trae lamentos, risas; que arrastra blasfemias, cantos, ruegos. El viento, multiforme. El viento, jamás vencido. El viento, jamás encadenado...



* * *

Sobre la tierra ávida, abiertos los poros; sobre las hojas, asoleadas y polvorientas; sobre los troncos roñosos y resquebrajados; sobre las tejas musgosas de la casa, las primeras gotas se estrellan, saltan, rebotan, como rudos salivazos, como guijarros. Tardas, desperdigadas al principio, con un fulgir opaco de gotas de azogue. Es una lluvia que apedrea, que insulta; una lluvia indisciplinada, una lluvia canalla y soez. El viento ha calmado un tanto; mejor: ha bajado su diapasón. El rugido se ha convertido en rumor sordo de ira, en jadeo de fiera encadenada. Ahora, entre las ramas, como entre las jarcias de un barco, silba sorda, fúnebremente. Mientras tanto, el goterío crece, crece, crece. Se hace más nutrido, más vivo. Se cierra, por fin, sobre las cosas, como un gran telón sobre la escena final de una tragedia. Nubes, agua, cielo, viento, todo se ha confundido, se ha amalgamado en un solo torbellino sombrío. Es el caos que, por fin, impera.



* * *

Pero el viento vuelve. Tras unos compases de espera, el estruendo desencadénase de nuevo. Y ahora viene lleno de furia, indómito, feroz, aullando como jauría desatada de lobos hambrientos. La lluvia se ha vuelto torrencial. Es un desbordamiento, una catarata que se desploma con estrépito. El valle se llena de torrentes, que amenazan inundación. De las montañas vecinas viene el ruido de las corrientes que se despeñan, arrasándolo todo. Se siente el río que crece, que crece por momentos; que sube, que va a desbordarse e inundar las llanuras. Todo se anega. Todo vacila. El postrer detalle, la cima del Volcán que asomaba ,como vieja cabeza de rabino, espiando aquel espectáculo estruendoso, se sumerge ella también en aquel caos.




DE EL SALVADOR

LA SEMANA SANTA EN EL PUEBLO




DE EL SALVADOR

Una campana suena, insistente. Un silbato da una señal. El tren parte. Parte entre el resoplar de los pistones, entre el barbotear de las calderas, entre el traqueteo de los frenos. Arranca lento, jadeante, como de muy mala gana. Su marcha es, al principio, imperceptible. Atraviesa las barreras, lento, calmoso. La chimenea vomita denso penacho de humo, que el viento matinal desfleca apenas. La locomotora da dos, tres, cuatro largos pitazos que repercuten al través de la atmósfera diáfana. Va quedando atrás la Estación, aplanada, gris y terrosa como el carapacho de una tortuga. Va quedando atrás el quiosko pseudo-morisco de la Avenida, frente al Chalet Oriental, de cuya asta de bambú, pende, flácida, la roja bandera de la Cancha de Gallos. Van quedando atrás los pequeños pabellones de cemento, todos plomizos, de las bodegas y las casucas de madera y zinc de los empleados. Va quedando atrás el Oratorio Salesiano, entre sus mangales ensangrentados por la irrupción de las hojas nuevas. Y más atrás, en último término del horizonte, como fondo de paisaje, el cerro de San Jacinto, alzando, en potente relieve,



su joroba llena de remiendos, chichones y resquebraduras.

Pasadas las agujas, el tren acelera su marcha. En el carro hay pocos viajeros. A lo sumo, catorce, quince personas. Unos, asomados a las ventanillas, escudriñan el paisaje que desfila, raudo. Otros, repantigados cómodamente en los ángulos de los asientos, hojean revistas; esas marchitas revistas compradas en el andén de la Estación. Son siempre las mismas revistas. El mismo hombre bajito, moreno, vestido de dril, quien las ofrece. Es el *Blanco y Negro*. Es el *Nuevo Mundo*. Es el *Mercurio*. Es *Elegancias*. Son las *Hojas Selectas*. Es el *Mundial Magazine*. Una señora quita llave y abre su valija de mano, y va rebuscando algo. Un libro. ¿Eh? La Brammél La Brammél Es la novelista de las estaciones. La novelista de los trenes. Digna hermana de la honestísima señora Invernizio.

El día es claro. El cielo límpido, zarco. Las cosas se acusan, todas ellas, con una precisión pasmosa.

El tren rueda, ya casi vertiginoso, todo lo vertiginoso que puede este pobre armatoste, el que no gusta de alterar su cuotidiana, su sosegada marcha de dromedario. Por el fondo del cristal de nuestra ventanilla, pasa Casa Mata, con sus pintadas garitas de madera. Pasa el mesón de Merazo, en su sórdido cuarterío, como celdas de afanosa colmena, y su patio calizo en el que unos cuantos machos éticos y garrapatosos, a cielo abierto, devoran las cañas y las hojas tostadas de unos manojos de *huate* despenicado. Pasan los grupos de desbaratados cocoteros de la antigua finca de Córdova. Pasa la polvorienta carretera de Soyapango, dorada por el sol. En el linde, tras la barrera negra, se han detenido las recuas cargadas; se han detenido los trenes de carretas; se han de-



tenido las inditas con sus canastas en la cabeza y los inditos con sus matates a la espalda, para que el tren pase. Hay, bajo un sotechado de pedazos de hojalata, un minúsculo puesto de refrescos y de frutas. Las botellas de jarabes polícromos, se alinean sobre la lata oxidada del mostrador. Los colores de las frutas apiñadas junto a los vasos grasientos, están marchitados por el polvo. Pasa la recia chimenea de ladrillos, muerta por ahora, de la fábrica de Cerámica. Cuando el tren atraviesa entre el caserío de Aculhuaca y San Sebastián, cuando se bordea Paleca, todo pasa, confuso, como en una visión de cine. Paredes blancas y requemadas, techos rojizos entre macizos de verdura. Cocoteros. Hazas de cañaverales hacen ondular sus tiernos brotes. Hondonadas cubiertas de grama húmeda. Colinas. Y por último el horizonte, siempre amurallado por las descoloradas estribaciones de las montañas, en que los remiendos y los parches se confunden en un solo borrón.



II

Cuántas calles hay en el pueblo? Dos, cuatro, seis. No lo sabemos. Nunca hemos tenido la ocurrencia de contarlas. Sabemos que tiene una iglesia, dos, porque las hemos visto con nuestros propios ojos. Una, la Parroquia, tiene la pared trasera casi derruida; el pórtico inconcluso, con una torre sin rematar, y la otra sin principiarse siquiera. Sobre las tejas musgosas del techo, en el crucero en que los plastes de cal han tomado los matices del plomo, sestean los zopilotes. La otra, el Calvario, está allá, lejos, en los aledaños del pueblo, arrimada al panteón clausurado, cuyas tapias destejadas yacen casi todas por tierra. La iglesia, sin encalar, con su campanario en armazón de horcones y vigas ennegrecidas, en que dormita, muda, la campanita oxidada y sin badajo; la iglesia, en cuyas paredes agrietadas los moscones han hecho nido, permanece cerrada durante todo el año. Sus puertas, descascaradas, carcomidas, se han desplomado. Las arañas diligentes han tejido sobre ellas sus redes resplandecientes. En el dintel cuelgan restos de viejas banderolas de papel, descoloridos andrajos, que un día, frescos, alegres, conmemoraron la fiesta titular. En las jambas ha florecido



turbamulta de hongos color de ladrillo, color de bronce. En el panteón, los hierbazos han desarrollado, dejando a duras penas despuntar los frágiles cálices de las macollas de lirios silvestres. En un extremo, un ángel broncíneo, descalabrada un ala, roñoso bajo la costra de polvo pertrificado, alza al cielo un resto de trompeta. Una potranca tordilla, sonta, el tronco de la cola comido por una enorme *chira*, va, despuntando, despaciosa, con golosidades de *gourmet*, lo tierno y sabroso del pasto. El pueblo posee un Cabildo; y frente al Cabildo, un rancherío de tejas, en galeras, al que pomposamente se llama «el Mercado». El Cabildo es de un piso, bajo, demasiado bajo. El portal es ancho, baldosado de ladrillos bermejos. Orillando la pared, hay unas bancas. Y en ellas, dormitan los alguaciles. A la una de la tarde la puerta se abre; la ventanita se abre también. Llega un hombrecillo bajito, flaco, vestido de dril de cáñamo y sombrero de junco sin listón. Lleva unos legajos bajo el brazo, y con un pañuelo rojo se limpia el sudor de cuello. Ese hombrecillo es el Secretario municipal. Penetra. Se oye el rastrear de una silla, el timbre de una cerradura que se abre, una tos seca. Luego, nada. El Secretario trabaja. Luego llega otro señor. Éste otro señor es gordo, zapatón, barbado. El pantalón de mezclilla, sujetado a la cintura por un cinturón de hilo azul y blanco. Sombrero de fieltro, apabullada la copa. Solemnemente lleva en mano un bastón, de cuyo mango penden unas borlas de lana. Es el señor Alcalde. Penetra. Se oye el rastrear de una sila, un retazo de conversación, una tos cavernosa, «tos de rico.» Y luego, nada. El Alcalde, en su sillón frailuno, prosigue el sueño interrumpido en su casa para encaminarse al Cabildo a llenar su «sagrada mi-



sión.» El «Mercado» cobra vida al amanecer. Es una colmena humana. Toda la actividad del pueblo se concentra en aquellas cuarenta varas cuadradas. Luego, al medio dia, todo se acaba. Todo el mundo se va. Los ranchos de teja quedan solos. Los perros husmean, escarban los montones de basura. El rescoldo de la hornilla de alguna cocina, humea aún. En el pueblo hay también una plaza. plantada de árboles, y en el centro, a la sombra de esos árboles, nna pila. A la pila, mañana y tarde, acuden las muchachas con sus cántaros, a buscar el agua. Y en los charcos que los rebalces forman, unos cuantos cerdos se revuelcan a sus anchas. El pueblo tiene su herrero. Y cuando entráis, viniendo de la Estación ferrocarrilera, lo primero que os da la bienvenida es el canto de los martillos en el yunque. El herrero es de las personas más viejas del pueblo. Es toda una personalidad. Al amanecer, ya está él junto a la fragua, caldeando el hierro. El herrero es todo un hombre honrado. También lo es el barbero, que tiene su tienda en las vecindades de la Botica. La tienda del barbero es una de las curiosidades del pueblo. Tiene sus cuatro paredes tapizadas completamente de cromos, toda la gama de cromos: desde los del «hombre del bacalao» hasta los finos, sonrientes, de las Píldoras Rosadas, y de las estampas exóticas de la guerra ruso-japonesa, a las tarjetas postales iluminadas. El barbero es cosmopolita. El barbero es un gran hombre. El lo sabe todo; a él se lo cuentan todo. Para él no hay secretos; ni podría haberlos jamás. El es el que patrocina todos los rumores que corren. «El barbero lo dijo.»—Ya está. No hay apelación posible, rectificación alguna. Aquello es el Evangelio en cuatro palabras. El cura del pueblo es también «un buen



hombre.» Poquita cosa, con su balandrán raído, con su rostro avellauado, con su boca de labios hundidos y finos como rasgos de lápiz. Todas las tardes le veréis con su breviario encintado bajo el brazo, salir del Convento, y lento, despacioso, como numerando los pasos, irse hasta el Calvario; y luego con el mismo paso lento, despacioso, volver a donde salió, sin abrir el breviario, sin cruzar una palabra con nadie, sin levantar los ojos del suelo. Las comadres, sentadas a las puertas, suspenden sus barboteos al verle atravesar. Las comadres son religiosas, «cumplen con la iglesia».... ¡pero la lengua las tira! Murmuran de todo. La hora crepuscular es «su hora,» «su momento.» Por nada del mundo dejarían de sentarse a la puerta, y hacer lo que hacen ahora precisamente. El boticario es el «hombre de pró.» El mangonea en las elecciones, él marca el curso de la vida edilesca, él dirige «la política» del pueblo, y cuando hay algo que solicitar del Gobierno, o hay que abocarse con el Gobernador, él conduce la «comisión» a la ciudad, él la introduce y él habla por ellos. El lo arregla todo. Si un día, de improviso, el boticario faltase, la vida del pueblo se pararía, como la máquina de un reloj al que se le concluye la cuerda. El pueblo es triste. El pueblo huele a moho, a ruina, a roña. Si una casa se desmorona, de puro vieja, ahí se quedan los montones de escombros, estorbando. Cuando hay viento, que es con harta frecuencia, no podéis transitar por las calles. Las tolvaneras que a cada instante se levantan os lo impiden. Si es época de lluvia, tal es el fangal, que preferís quedaros en casa. La vida del pueblo es aburrida, es fastidiosa, es desesperante. Una sensación de abandono os sobrecoge en cuanto entráis en él. Sin embargo, en el rostro



de todos sus habitantes veréis reflejada la satisfacción del que, en este valle de lágrimas, ha alcanzado el *summun* de las satisfacciones y las comodidades, del que en su rincón «está completo.»

III

Hay que venir, precisamente, a un pueblo de estos, a pasar los días santos, para observar cómo, y con qué intensidad, está arraigada todavía la fe en nuestra gente.

Después de comer, salimos de casa, sólos, a hacer la digestión fumándonos, por excepción, un cigarro. El pueblo, sumido en las sombras de la noche, apenas alterada por la vagorosa llama de un farol con toques sangrientos, yace en la más profunda quietud. Parece muerto. Petrificado el silencio. Nuestras pisadas sobre la arena que cruje, repercuten en el silencio con las proporcioues de un paso de gigante. Calle arriba caminamos sin encontrar un alma. Estamos solos, con nuestros pensamientos.... y nuestro cigarro, que arde en la sombra. Nadie. Por una puerta abierta salta a la calle un halo de luz, que se tiende, se prolonga en la blancura del piso. Por sobre una tapia, asoman, confundidos en un solo y extenso borrón negro, las copas de algunos árboles. Seguimos andando. Siempre solos, solos. La punta de nuestro cigarro sigue ardiendo. Volvemos una esquina. Y luego otra. Una sombra se desliza en esos momentos bajo un sotechado. Un perro ladra a lo lejos, y su ladri-



do parece ser la única manifestación de vida de este pueblo sumido en pesado sueño. Seguimos andando. La calle se prolonga, silenciosa, como una cinta negra. Ni un alma. ¿En donde estará esta gente? ¿Qué hace? ¿Porqué se encierra en sus casas a piedra y lodo? El pueblo parece muerto, muerto.

De pronto, al desembocar en una nueva calle, la que de la Parroquia conduce al Calvario, vemos un grupo que avanza en la sombra intensa, como grupo de fantasmas. Algunas llevan velas encendidas. Todas rezan. Es una llorosa plegaria que, en medio del silencio, se prolonga, aumenta y cobra proporciones inusitadas. No parecen voces: parecen lamentos que se elevan, sin consuelo, implorando el socorro divino. Detenemos el paso. Recostados al vano de una puerta cerrada, observamos el zumbante enjambre que se acerca. Percibimos claramente una voz que clama:

—*Jesucristo fué obediente hasta la muerte!*

Y luego otras, en coro, que contestan:

—*Ora pro novis*!

Y luego, como un rugido, todas las voces juntas:

—*Padre nuestro que estàs en los cielos!*

Por nuestra vértebra corre un agudo escalofrío de pavor. Nuestro cigarro se apaga.

Al final de la calle, un grupo de lucernitas señala el término de la jornada. Tras esas lucernitas, que parpadean como fuegos fátuos, están las desmoronadas tapias del panteón abandonado. Para allá es para donde se encamina el grupo de mujeres, rezando a grito herido. Las plañideras se pierden en la intensa sombra de la noche, apenas manchada a largos trechos por los brochazos sangrientos de los faroles. Sus siluetas fantásticas se borran y, a la vez, se apagan los fúnebres y vacilantes pavilos de sus velas y se extinguen las llorosas



plegarias. En nuestro oído repercute por largo rato todavía la voz cascada de una vieja que clama: *Jesucristo fué obediente hasta la muerte!* y hasta cincuenta voces, en coro estruendoso, que responden, como un eco: *ora pro novis!*



IV

El mismo sitio, la misma calle en que anoche presenciamos el paso de las *estaciones*.

El sol cae a plomo sobre la densa capa de arena, que chispea y refulge, refulge como el iluminado filo de un acero, ofuscante, segadora. Hace un calor insoportable, uno de esos calores que sofocan, y para los cuales parece no habrá lenitivo alguno. La reverberación del sol en las cales de las paredes, es intensa; intenso también el espejeo de los cristales de los faroles en las esquinas. De trecho en trecho, la uniforme blancura caliza de la calle se interrumpe: una gran mancha carbonosa denota el sitio en que la loza, principal y nunca bien ponderada industria del pueblo, ha sido quemada días antes. Algunos tizones se entreveran a la mezcla que la ceniza y el polvo han formado. Los trascorrales, a uno y otro lado, exhiben desvergonzadamente sus tapias llenas de resquebraduras; las tejas bermejas, intensan sus tonos, medio cubiertas por chorretes de musgo invasor. Los vecinos han clavado postes, y a ellos han amarrado, alineadas, cepas de plátano y haces de cohollo de caña; en algunos parajes, el piso ha sido salpicado de hojas de mamey,



y cubierto de mullidas alfombras de pino despenicado. En el *cocal* los grupos de cocoteros, altos, esbeltos, flexibles, sacuden con marcada indolencia sus grandes plumeros. La pradera, en que algunos bueyes pacen reposadamente, se dilata hasta perderse, a lo lejos, entre las lomas que amurallan el horizonte y que el sol difumina al iluminar. Es el que nos rodea un paisaje igneo. Todo, uniformemente, parece arder. Al través de las suelas de los zapatos, la tierra quema como una parrilla caldeada. Las flores de los ramilletes colocados ante los altares de *los pasos* en que el Cristo detendrá periódicamente su marcha, y que simbolizan la serie de divinas caídas, se marchitan. Las pobrecitas se doblan sobre los tallos, como cabezas de dormidos niños. Por sobre las tapias de adobes, los follajes de los árboles despiden reflejos cristalinos. Las caperuzas de paja de los ranchos, parecen humear. El aspecto de la calle, tan lúgubre, tan agorero, por la noche, es ahora otro completamente. Cuando llegamos, ya en ella hierve el gentío, que va y viene del Calvario a la Parroquia y de la Parroquia al Calvario. Pero a pesar del alegre colorido de los chales de las mujeres, del estruendoso rumor de la cháchara y del sol resplandeciente, la impresión de la noche persiste. El grupo de sombras que clamaba plañideramente: *ora pro nobis*, revive en nosotros. Oímos de nuevo, zumbando en los oídos, el mismo nocturno clamoreo.

La procesión ha salido ya de la iglesia. Se ha detenido en el *primer paso*, frente a la Cruz del Perdón. La Cruz del Perdón, de un verde descolorado, se alza sobre su poyo chorreteado de mugre, frente a la iglesia, a la vera de un *maculishuat*. La procesión se acerca. Ya se percibe el olor

10



del incienso de la cazoleta bamboleada por el grotesco monago. Ya se oye, estridente, monocorde, el golpeteo de la matraca, que casi ahoga en su torrente de ruido las notas de la insegura marcha fúnebre que viene ejecutando la murga. Ya se columbra al Cristo, agobiado por el peso de la cruz, una pobre cruz de madera, embermellonada, con humildes ribetes dorados. El sol, bañándole a toda plenitud, le ultraja soezmente. La pobre vestimenta morada, en cuyos borrosos bordados ni la sombra del oro persiste, está toda remendada. El hilo de los zurcidos, ¡imprudente!, se deja adivinar perfectamente. En el vuelo de la túnica, se percibe que el retal de género con que se le ha añadido, es de un morado fresco, jugoso. Al cordón de plata, casi negruzco, que ciñe la cintura del Redentor, le falta una de las borlas. Y en el pié que asoma, adelantando el fatigoso paso, falta el dedo pequeño. Las manos del Cristo, atadas a la cruz con burdo pedazo de cuerda, están avioletadas por los golpes: las uñas están ennegrecidas, y las venas, hinchadas, parece que van a reventar. En la faz, por cuyas mejillas desencajadas chorrea la sangre mezclada al sudor y al polvo, se refleja la más honda de las angustias. Los ojos, sumidos entre las cuencas, circuidos de profundas ojeras, vidrean, y, vagorosos, doloridos van clavados en lo alto, como implorando el auxilio del Padre Celestial.

La procesión pasa. La procesión se aleja. Al final de la calle, destellan las cales de la iglesita del Calvario; y tras ella, las tapias derruidas del panteón viejo, parecen levantar una muralla de bronce. La matraca golpetea con persistente rudeza. Un rastro penetrante de incienso queda flotando en el ambiente inflamado. Los cocoteros sa-



cuden con más indolencia todavia sus desplegados abanicos. Y de los madrecacaos que exornan las calles cae, como una ofrenda, una lluvia de capullos.



V

De nuevo en el tren. Durante media hora hemos esperado en la pequeña estación, a la sombra de los bambúes. Hemos esperado tranquilamente, sin impacientarnos, como debe hacerse cada vez que uno se decide a abandonar las comodidades de su casa para correr en busca de aventuras . . . y de incomodidades. El día ha despuntado como de verano. Añil en el cielo, esmeralda en los follajes, cristal en el ambiente. Persiste la alegría de los estruendosos repiques del Sábado de Gloria. En los *palos de pito* de los cercos propincuos, las *guacalchías* arman la gran alharca. Una chiltota de cajeta, flautea menudas notas entre las flores azufrosas de un *huachipilín* que presta servicios de poste telefónico. El tren ha llegado despacioso, jadeante, casi derrengado. Ha cruzado el puente, entre el estruendo del herraje. Ha pitado largamente, largamente, alterando el profundo silencio del campo. Se ha acercado, ruidoso, humeante. Se ha detenido frente a la plataforma de la estación, en la que se amontonan y revuelven la carga y los pasajeros.—¡Al tren!—En el vagón, como hace cuatro días, excursionistas, nada más que excursionistas que regresan. Penetramos, polvosos, cansados, y nos echamos en



un rincón, cerca de una abierta ventanilla. El inmenso corte de un cerro, proyecta su densa sombra sobre el convoy. El tren arranca. En la banqueta de enfrente hemos colocado, primero, los tres libros de Azorín. Esos tres libros, que hemos leído en el pueblo y en el campo, son: *Castilla*, *La Ruta de Don Quijote* y *Los Pueblos*. Azorín es el pequeño filósofo de las pequeñeces de la vida. Después de los libros, un tanto descabalados por el manejo constante, hemos colocado ambos pies, y estirando las piernas, hemos buscado una postura cómoda. Al rededor nuestro, los rostros de los temporadistas que regresan reflejan satisfacción, salud, alegría. Vuelven a sus faenas citadinas, a la diaria lucha por la existencia, al torno del fastidio. En un rincón, un gringo, en alto las piernas cruzadas y en un ángulo de la boca el rollizo humeante puro, despliega ruidosamente un *World*, nutrido como un volúmen. Más lejos, el codo apoyado en el vano de la ventanilla, una señora de edad dormita, abierta la boca, en la nariz una mosca que sube y baja sin alterar en lo más mínimo su reposo. El tren corre, enfilando terraplenes, bordeando oteros, cruzando cañadas. El paisaje desfila, veloz, rápido, sobre el cristal levantado. El sol arde sobre el campo. El cielo es de añil intenso. Ni una nube. A la sombra de unos sauces plateados, un exiguo riachuelo dibuja sus meandros. Volvemos la vista al interior del vagón. El gringo sigue sepulto en su hidrópico *World*. La señora de edad, ha cambiado de postura. La mosca ha volado. Colgadas en sarta a la redecilla, unas cuantas langostas del lago de Coatepeque mueven las patas en el aire, se revuelven, elásticas, anudándose cada vez más en sus contorciones. Bajo los asientos, sobre los asientos, por todas partes en donde sobra un hueco, se amontonan las valijas de los



viajeros, incomodando. Tomamos el breve volúmen de Azorín: *Castilla*, y lo rehojeamos, rebuscando lo que nuestro lápiz marcó de notable en el curso de la lectura. Levantando la vista de las páginas, vemos al través del cristal, y a la vuelta de un recodo, en la lejanía límpida, cómo apunta la torre de la iglesia y los techos bermejos de un pueblecillo. Luego desaparece todo tras la cortina de árboles apretujados. Cruzamos una carretera. Unas carretas se han detenido al borde de la vía, y los carreteros, la larga puya en tierra a manera de lanza, ven pasar el tren con curiosidad. De pronto, a un lado del camino que avecina la vía férrea, surgen de una hondonada unos cuantos alambres negros, gruesos como cables, que se anudan a un poste de hierro. Y luego a otro poste de hierro. Y a otro. La fila de postes de hierro no nos abandona ya ni un momento. Son los alambres conductores de la fuerza eléctrica que nos anuncian la proximidad de la capital. Cruzamos, veloces, otro pueblo. El tren silba larga, desgarradoramente. Cruzamos otra carretera. Por el cristal de la ventanilla pasan: los Encuentros, el mesón de Merazo, Casa Mata. El tren pita de nuevo. A lo lejos, rematando la vía, se descubre el carapacho gris de la Estación. El tren disminuye su velocidad. La campana tantanea. Hemos llegado. Recojemos nuestros tres volúmenes de Azorín, nuestra valija de mano, y saltamos a tierra. A duras penas nos abrimos camino entre la muchedumbre, y saltamos a un carruaje. Dando tumbos, entre el estruendo de tablas y de herrajes del vehículo, cruzamos las calles, colmadas de la alegría del Sábado de Gloria. El carruaje se detiene. Hemos llegado. ¡Gracias a Dios!



LA VUELTA AL RANCHO




DE EL SALVADOR

A la hora en que la tarde cae despaciosa, lenta, en medio de somnolentos rumores, vuelve de la faena el labriego. Al hombro la azada, o bajo el brazo la *cuma*. El paso despacioso, cansado, como de noble animal. En el rostro, terroso y curtido, refléjase la satisfacción del deber cumplido, la beatifica tranquilidad de la conciencia.

Un sol tibio y cobrizo, tiñe el polvo del camino. Y esos mismos rayos, tiemblan en reflejos de inusitada pedrería, en el filo de las hojas de los árboles y en las puntas de las pencas de piña de las cercas. En los viejos troncos, los escuerzos hacen resonar sus tornos, mientras la estruendosa charla de la urracas se suspende. El labriego camina, acariciando con la mirada los dilatados campos en que el arado ha roto ya la costra de la tierra en infinitos surcos paralelos, y en los que el grano va en breve a germinar. En los labios del caminante apunta el motivo melancólico de alguna tonada favorita, como rememorada en aquel instante por alguna honda afinidad psíquica, o solamente, para conllevar el tiempo que falta para arribar al rancho, cuya visión ve dibujarse ante sí, flotante y provocativa. El



rancho, con su olla borbolloneante sobre sus trébedes de cinchos en el poyo de adobes; con sus astrosos chicos, rodando por los suelos, junto a los perros yacentes y las gallinas que escarban al piso de tierra apisonada; con sus *tapexcos*, en que las mazorcas se apilan, pulcramente escalonadas, como obuses; con sus paredes *tazacualeadas*, en las que unos cuantos cromos de santos, están ahí, emparamentados por la profusa cadenería de papeles de colores, las flores de trapo y las banderitas de papel de china, cuyos tintes, rabiosos un día, ahora el tiempo y el polvo han amortiguado; con su cruz verde en el reborde, entre dos picheles con ramos de *flor barbona*. Y en uno de los rincones: la vieja escopeta, remendada veinte veces, lista para cualquier eventualidad, junto al bruñido arado, que descansa, y al par de yugos, en los que las coyundas se enredan como un trenzado de culebras. Y todo ello, rancho y habitadores, es arrullado, en aquella hora crepuscular, por la música del *nistamal* triturado en la piedra de moler, bajo la mano esgrimida por la mujer que espera en el trabajo al marido que vuelve del trabajo.

El labriego camina, al hombro la azada, o bajo el brazo la *cuma*....

A lo lejos, entre los amates y los cocoteros apiñados, apunta la cúspide del techo pajizo del rancho. Y de ese techo, que corona una olla de barro renegrido, el humo de la cocina se remonta al cielo, en caprichosas espirales.

El labriego camina. Ya su oído percibe, neto, el ladrido de los perros. Hasta el loco cacarear de las gallinas, que en esos instantes crepusculares se están encaramando a los árboles para dormir, tiene para el pobre hombre un especial encanto. Oye llorar a un *zipote*. En el tronco carcomido de una ceiba, que se alza en la lindera del camino,



un escuerzo hace funcionar, imperturbable, su torno sin aceitar.

El labriego ha llegado. El labriego deja la azada, o la *cuma*, y se dirige a abrir el cofre. Del cofre saca el acordeón. Bajo el amate, junto a la piladera, en su taburete de cuero, el labriego toma asiento. Le hacen corro los chicos astrosos. Le hacen corro los perros. Y la música rudimentaria del acordeón, comienza y va a juntarse a la música rudimentaria del maíz triturado en la piedra de moler.

El labriego es feliz.




DE EL SALVADOR

LA MUERTE DEL PERRO




DE EL SALVADOR

La llamada Avenida «Simeón Cañas» es un fragmento de calle que va, horizontalmente, del costado Sur del Mercado de cocinas al costado Norte de la Iglesia del Calvario, en construcción.

Este fragmento de calle comprende, a una banda, la izquierda, las edificaciones del Hospicio. Una de esas partes es de altos, con sus dos superpuestas ringlas de ventanas, enrejadas como cuarterones de cárcel; la otra, baja, de ventanas también, con su techumbre de zinc y sus encaladas paredes de bajareque. A la otra banda, la derecha, se van enfilando, apenas, cinco casas; la de la primera esquina, frente al Mercado, es plomiza, con su trascorral colonial y su desnivelado portón de tejas musgosas. La que le sigue, tiene sus paredes pintadas de verde aceituna; la otra, de azul; la otra, de amarillo; y la última, la que confina con la iglesia, es blanca y apenas tiene un balcón y una puerta, inveteradamente cerrada, con su sombrajo de hojalata. Dilatando la visual desde la esquina de la casa plomiza, la del trascorral, la llamada Avenida «Simeón Cañas,» tiene por fondo, la pared de ladrillo y hierro, de



un estilo ojival muy remarcado, de la nueva iglesia. Tras la pared, se divisa el templo provisional, de paredes azules y tejado polvoriento. Y gravitando sobre ese tejado gris, en recuesto, se levanta una armazón de vigas. De una de esas vigas, la atravesada, penden una garrocha y una cuerda. Más atrás, está el cielo.

Por la mañana esa calle es como un azarbete en que se vierte el sobrante de la muchedumbre que pulula en los aledaños del Mercado. Allí veréis la carreta vacía que espera volverse a cargar; la yegua tordilla, con su aparejo resobado, todo colgado de lazos, que recién ha sido aliviada del peso de los matates de maíz; las pilas de leña, al borde de la acera, las recias rajas, abiertas al hilo por el hacha, despidiendo todavía el aroma recinoso de su savia; la viejecita que descansa, acurrucada en el hueco de una puerta, obstruyendo el paso con su canasta, y escupiteando las escodadas lajas.

En las primeras horas de la mañana, la Avenida trafaga en el bullicio de la colmena propincua.

Al mediodía ese trabajo ha concluído, ese bullicio se ha apagado. La colmena, en su interior, rumorea. Pero en las calles vecinas, es el sol, el sol únicamente el que domina. La carreta que allí esperó largo espacio la carga de retorno, ha dejado apenas huella visible de su paso, en unas cuantas doradas hebras de *huate;* la yegua tordilla, amontonó estiercol, que se ha resecado; los escupitajos de la viejecita se han borrado de la superficie escodada de las lajas. Sólo el sol charca por todo, refulge sobre todo. Apenas, en el linde derecho, deja una ancha faja de sombra. En la esquina de la calle, frente al Mercado, el foco de luz cuelga del poste de hierro. El



cristal de la bomba, destella. Los alambres negros, penden curvados. Raya el espacio, por sobre los aleros, la red intrincada de alambres telegráficos. En el poste de madera, pintado de ocre, relampaguea la tubería de vidrio de los aisladores. Y con la luz cruda del sol, refluye el silencio.

***

Y en esa calle, en medio de ese silencio meridiano, bajo ese sol bravío, es en donde el pobre perro abandonado ha muerto.

* * *

La historia de este perro es la de casi todos los perros que ambulan, flacos, hambrientos, por las calles de San Salvador. La de todos esos pobres perros que aplastan los automóviles y los tranvías, y que rondan los alrededores de los Mercados, para ir removiendo aquí y allá los montones de basura en busca de alguna piltrafa.

Este de nuestra historia vino del campo, siguiendo la huella de sus amos. En el Mercado Grande les perdió de vista. En vano su olfato hizo prodigios, verdaderos prodigios por dar con el rastro. Olfateó por todas partes. Recibió puntapiés. Recibió palos. Y jadeante, derrengado, fué a caer en medio de la calle, no pudiendo más. El hambre le mordía las entrañas. La sed le abrasaba. Las piernas se negaban a sostenerle. Y allí quedó, resignado, impotente, en espera de la muerte.



* * *

Durante cuatro días ha estado allí. Todos los mediodías, al pasar, le he visto, caído de inanición en plena calle, sobre el inclemente lecho de filadas piedras. Los dos primeros días, en el momento en que el sol tocaba a toda su fuerza, podía seguramente, arrastrarse, penoso, carleante, hasta la zona de la sombra y extenderse arrimado a la pared; pero de ahí también le echaba, no la fuerza del sol entonces, sino la crueldad humana. El puntapié de un viandante era suficiente para que el pobre perro abandonado y hambriento, volviese a la calle, al lecho de filudas piedras. El perro era un mero esqueleto. Bajo la piel, las costillas acusaban su número. Hueca la barriga. La calavera calcada en aguda anatomía. Las piernas eran un junco, de puro consumidas. El hocico se le había afilado, y un retazo de lengua pálida, emergía entre los belfos flácidos. Era horroroso el perro. Era repugnante a la vez que conmovedor, el espectáculo ofrecido por la agonía de aquel perro. Cuatro días estuvo allí, abandonado, cada vez más postrado, cada vez más consumido. Parecía próximo a convertirse en un manchón de pasta, a infiltrarse en el piso caldeado de la calle. Sólo los ojos vivían en aque-



lla muerte anticipada. En medio de aquella miseria, los dos ojos húmedos, los dos ojos fulgentes, se clavaban en lo hondo del cielo, largo, larguísimo espacio, para después cerrarse las pupilas, cual si el perro quisiese no ver más. Otras veces, aquellos ojos casi humanos, estaban como llenos de un mudo reproche. Veían pasar, por la acera, indiferentes, a los hombres. Y en su cerebro, tal vez se encendía la chispa de una idea: ¿por qué son malos los hombres? Y los hombres pasaban, a sus quehaceres, y no tenían para el pobre perro caído en medio de la calle ni una ligera mirada. El perro, quizá para no ver esto, contemplaba el cielo; o, cerrados los párpados, rememoraba días mejores, en los que creyó que los hombres eran todos buenos, y removía la cola cuando les veía.



* * *

El cuarto día, al pasar, ví por última vez al perro. Parecía muerto. Inmóvil, de una imovilidad total, absoluta. Era un montoncito de huesos bajo la piel. Se extrañaba, al verle en ese estado, que los zopilotes no atisbaran ya, desde los aleros, aquella presa próxima. El perro se moría. El sol crudo, llovía sobre el agonizante, acusando con energía las aristas del esqueleto. De una casa vecina, por los cristales entornados, salía el sonorear de un piano. Era el único palpitar de vida en medio de aquel ardiente silencio. Sobre las piedras filudas, el perro había cerrado los ojos.

Pasé de largo. Al revolver la esquina de la casa plomiza, la del trascorral, volví la vista. El perro estaba inmóvil, inmóvil. Una idea surgió en mi cerebro, despertando una curiosidad súbita: ¿estaría muerto el perro ya?



* * *

Cinco horas después, pasé de nuevo por la llamada Avenida «Simeón Cañas». La tarde caía. Del empedrado ascendía ese hálito que despiden las cosas que se refrescan después de haber sufrido la crudeza del sol. Toda la calle estaba ocupada por la sombra. Las dos gravileas de una de las casas, de la de paredes lechadas de azul, removían blandamente sus frondas tupidas.

El perro estaba allí, siempre inmóvil, cerrados los ojos, tiesas las patas. No había duda alguna. El perro había muerto. Pero no... La cola pelada se movia levemente. Una pata se encogió, apenas. El perro no había muerto aún.

De pronto aconteció algo bárbaro, algo horroroso, algo que sólo en estos países suele acontecer.

De la vuelta que la calle hace frente al atrio de la iglesia, brotó el ronco sonido de la bocina de un automóvil. Se oyó claro, neto, el resoplar del motor. El flamante automóvil surgió, raudo, en medio de sordo estrépito. El automóvil se aproximaba. Dos señorones, recostados en los almohadones del asiento postrero, fumaban y charlaban, sin preocuparse, al parecer, de nada de lo que a su alrededor acontecía.



—¡El perro!—pensé. Y el grito, a puras penas se detuvo al borde de los labios. ¿Para qué? Era su destino. El automóvil pasó, dejando tras sí su apestosa nube, el eco del resoplar de su motor, el rastro de su bocina gangueante.

En la calle, sobre las filudas piedras, el pobre perro quedaba hecho papilla. La osamenta triturada se amalgamaba a la piel rasgada en mil tiras. El perro se había convertido en una masa sangrienta. Me aproximé horrorizado. Los ojos habían quedado abiertos, y las pupilas, apagadas ya, parecían perpetuar el mudo reproche.

Una vieja que pasaba también se había aproximado. Cerca de mí, la vieja, con voz aceda, murmuró:

—Así lo matan a uno estos bandidos!

La pobre vieja estaba enternecida. La pobre vieja se sentía hermana del perro.

EL TOQUE DE ANGELUS




DE EL SALVADOR

A la hora del crepúsculo, la campana de la iglesia del pueblo, suena la salutación angélica.

Temblorosa, grave la voz, tranquilo y prolongado, dilatándose por el espacio, el tañido dormilento de la campana, de la única vieja campana.

Vieja y única la campana, en lo alto de la torre de la iglesia, radiosa con la blancura de sus cales crudas, heridas de soslayo por el sol poniente; erguida y dominante, por sobre los manchones rojizos de los tejados enroñecidos a trechos por el moho, y que se apiñan, en racimos, a su sombra protectora.

Lenta y grave cantando el Angelus, tranquila esparciendo la voz de su consoladora plegaria por el aire de la tarde muriente, embalsamada por las flores del naranjo y las *barbonas*.

Humilde campana solitaria, suspendida por cuatro lazos negruzcos de la viga telarañosa y a medias roída por la carcoma, en lo alto de su atalaya enjalbegada, sonora como una colmena, a los rumores del metal despertando de su pesado sueño de senectud.

Unica la pobre campana, vibrando en la suave tranquilidad del crepúsculo, volcando



las notas de su frondoso cáliz de bronce, como una impalpable lluvia de lirios angélicos, y echándolas a volar por sobre los tejados mohosos y las copas de los árboles; notas que van y extienden el radio de sus rumores zumbantes y se pierden, y se disuelven a lo lejos, en el sitio preciso en que los pinceles de la Noche, empapados en la más intensa de las tintas chinas, ponen el primer toque de sus inmensos manchones.

Unica la pobre campana, para siempre celebrar, con tartajoso clamoreo, las alegrías, y para siempre llorar, con infinitas lamentaciones, las tristezas de su pueblo; al nacimiento de cuyos primeros ranchos asistió, ya instalada en su torre blanca, la primera, gallardeando sobre la cruz de la portada y los artesonados y las cornisas de la iglesia nueva; que le ha visto crecer, agrupándose poco a poco a su alrededor, como buscando su abrigo protector; y a la que el Tiempo, al transcurrir, ha oído tantas veces, como ahora, cantar el Angelus con la misma voz grave y tranquila, y con la misma perezosa ondulación, esparcir por el aire de la tarde agonizante el eco de sus místicos tañidos.



***

La campana canta el Angelus con voz reposada y grave, como la voz centenaria que tartajea un rosario en el silencio de una sacristía telarañosa. . .

La viejecita (la abuela rugosa y enclenque, en quien la nariz se afila hasta la sutileza sintiendo el olor de la Muerte que se aproxima), sentada en el vano de la puerta, en la falda la costura abandonada, escucha con recogimiento la campana que suena, persignándose con signo tembloroso, y deshilachando entre sus encías desportilladas el encaje rancio de una oración. La chiquillería desnuda, luciendo la tierra cocida de sus carnes, alborota por las calles; y la novia, de codos en la ventana, espera, mascando el tallo de una *barbona*, el paso del novio. Los que vuelven del trabajo, cansados, y ansiosos del descanso, se detienen, sombrero en mano, hasta que la última vibración se ha extinguido a lo lejos, entre las nieblas que se densifican, y se extienden, más allá de la montaña.

El cielo se pone de un suave amarillo de marañon, repujándose sobremanera hacia la línea que recortan las crestas de los cerros; algunas nubecillas nacaradas sobrenadan, como espesa ebullición de espuma de cás-



caras de *pacún*, en aquel lago vespertino. . . Suena lentamente la campana, temblorosa, cual si el sonido se apoyase en muletas. Y su tañido, prolongándose en el aire de la tarde, hace despuntar cierto temor en aquellas almas inocentes y rudas.

Cierto temor despierta esa vieja campana de bronce cantando el Angelus con voz grave, en la solemne tranquilidad del crepúsculo...La campana que marca, y conmemora, y recuerda, todos los hechos de la vida del pueblo. La campana misma que repicó en las purezas de sus bautismos; la campana jovial de San Silvestre; la campana del Miércoles de Ceniza: la campana del Domingo de Ramos, regocijada entre el oro de las palmas benditas y el fulgor del sol; la campana, muda en los días trágicos de la Santa Semana, y estrepitosa, como un himno de triunfo, celebrando la Pascua de Resurrección; la campana del Corpus Cristi, entre los pitos aturdidores y las campanillas de los monagos en la procesión; la misma campana, doblando el día de Difuntos, recordando a *sus* muertos; o temblando de frío, agazapándose en su capucha de bronce, en medio de las sombras de Noche Buena. . . .

Esa misma campana, despaciosa y grave ahora en el Angelus, y cuyos sonidos parecen, anquilosados, apoyarse en muletas, cantó en sus bodas la dichosa primavera de los azahares, atropellando el torrente de sus voces de júbilo. Y esa misma campana, encresponándose, llorará sus muertos; y sus lamentos, volcados desde lo alto de su torre enjalbegada, pasarán en parva, temblando en alas del viento de la tarde, por sobre los ataúdes llevados en hombros, silenciosamente, camino del camposanto que invaden las macollas de *zacate-limón* y las manchas tupidas de las flores de muerto y de las borrajas, y cuyos senderos ondulantes

se borran entre las malezas que se tragan las cruces, y que los chiquillos, *que van a capiar*, llenan con su gritería, mientras recogen los *nances* que los árboles botan, uno a uno, como lluvia de perdigones de oro.



* * *

En la pila, en medio de la plazuela, cuyo piso arcilloso y lleno de baches, alfombra, a trechos, la grama requemada, y sombrean unos cuantos madrecacaos y naranjos floridos, los cuatro chorros gargotean, acompañando, con la música primordial de su caída, el charloteo de las muchachas que, con sus cántaros de barro apoyados en la cadera, esperan el turno. . .El cántaro se colma despacioso; el chorro suena, cristalino y frágil; las risas hinchan las gargantas desnudas, y hacen temblar los senos bajo la tela de la camisa. . .Y en la torre cercana, la voz grave de la campana cantando el Angelus suena calmosa, solemne e impresionable, como la última frase de un *de profundis*.

En las crestas de las montañas circundantes, cuyas laderas se arropan ya en sus mullidas colchas de niebla, la postrera llama violeta del crepúsculo se apaga y de la *Cruz del perdón*, pintada de verde y recta sobre su zócalo de calicanto, invadido por las yerbas y cruzado de hondas cicatrices, vuela a la corniza descascarada de la iglesia la última golondrina que expurgaba su plumón, posada en uno de los brazos de la sagrada insignia.



* * *

Sordo zumbido del pobre bronce golpeado por el badajo herrumbroso: seguid colmando con vuestros cantos el espacio, a la hora del crepúsculo.

Seguid sonando, vieja y única campana de la torre.

Sonad por siempre, larga, tristemente, llevando vuestra voz recordatoria hasta el confín de la montaña invadida por las sombras, tenebroso asiento del Misterio.

Seguid sonando, pobre y sola siempre, zumbando en el aire vuestros sonidos como un alborotado enjambre de avispas metálicas, o una riña de *chicotes*.

Adormeced, arrullad a vuestro pueblo, bermejo y pajizo, triste bajo las tristezas del crepúsculo, agrupado alrededor como un temeroso rebaño al cuidado del pastor.

Sacudid, de paso, la sangre y los azufres de las *barbonas*, las milgranas de los granados, y las guirnaldas de los naranjos enflorados, de sus calles solitarias, y agitando sus copas, avisad en los nidos que la hora del descanso y del silencio ha sonado. . .Que se guarden las flautas, y que se enrollen las solfas.


DE EL SALVADOR

LA SOMBRA DEL AMATE


DE EL SALVADOR

En medio del patio, frente al rancho, proyectando su intenso manchón de sombra sobre la pajiza techumbre, se alza el amate.

Y este sencillo paisaje, que tiene por perpetuo fondo una cadena de montañas muy zarcas, y en el que un frondoso amate, está plantado y despliega su sombrilla de hojarasca esmaltada junto al pajizo rancho, lo veréis reproducirse a cada vuelta de vereda, en cada rinconada, si se os ocurre alguna vez transitar por estos apartados sitios.



* * *

Ya estáis al tanto del escenario. Ya contemplásteis el amate espléndido desplegado en el patio, frente al rancho.

Pues ahora váis a saber el lugar que ese mismo árbol ocupa en la vida de estos labradores.



* * *

El amate forma parte integrante del hogar campesino. Es algo que entra en el inventario, junto a la yunta de bueyes, a la vaquilla lechera, a la cebada pareja de cerdos, a la media docenita de gallinas, al par de gallos fecundadores, al perro ético, portento en seguirle la pista al gato de monte; al arado de madera de conacaste, lustroso por el inveterado manejo; a la escopeta y a la pareja de *cumas*. El amate, nuevo, o ya achacoso; poblado de luciente hojarasca, o ya desnudo y descabalado; en forma piramidal, o extendido como un parasol de esmalte, entra en el «haber» del labrador.

Unido a él van remembranzas de la vida, que al ser evocadas se dibujan con colores alegres, o amortaja velo de intensa melancolía.

Bajo el amate fue en donde se bailó, se cantó y libó hasta el hartazgo, con motivo de la boda de la primogénita, la que voló lejos del rancho, lejos de la protectora sombra del árbol familiar, y fué, con su pareja, un mozo honrado y trabajador, a labrar su nido entre los cafetales de las faldas del Volcán. Bajo el amate fué también en donde, una noche fatal, en cariñosa compañía de vecinos, se veló el cadáver del *zipote* que se llevó al cielo la «última» viruela.



Bajo el amate queda la desuncida carreta, apuntando al cielo con su timón, tieso como un espinazo. Y bajo el radio de su sombra, fresca a todo instante, está la *piladera* en que se saca el arroz; está la *canoa* del agua para las gallinas, labrada a machete en el tronco de un aguacate; está la piedra en que se amuelan los machetes. Ahí mismo es en donde, envuelto en su blusa confeccionada con bagazo de caña, se encuentra el trapiche de madera y el horno con su perolito de hierro, resguardado por abollada lámina de zinc.

Bajo el amate se congrega la familia y sus relaciones de los aledaños, para en la época del elote, engullir los *huacales* de suculento atole, rociado con unos cuantos tragos de *chaparro*; para darse sus vueltecitas de boston, o de mazurca, y al compás del acordeón o de la guitarra, modular esas tonadas, que huelen, sencillas, como húmedas resedas.

Cuando el Santo, uno de los numerosos que en brazos de los demandaderos recorren los cuatro ámbitos del valle; cuando San Jerónimo, Santa Lucía, San Antonio del Monte, San Nicolás Obispo, cualquiera de ellos, honra el rancho con su visita, es bajo el amate el sitio en donde la parte profana de la velación se desarrolla. Allí es donde se atacan con formidable glotonería, las bateas de humeantes tamales, de doradas tortas, de esponjosos salpores, de olorosas quezadillas, a la vez misma que se vacían los grandes batidores de café y las disimuladas vermuteras de patrio licor.

Bajo el amate duerme la siesta el mozo que espera a que calme la fuerza del sol para rematar la tarea. Allí, haciendo almohada del raigambre del tronco, y mullido colchón de la tierra cubierta por las hebras de zacate seco, se tiende, y duerme, roncando, arrullado por el zumbar del enjambre de



moscardones que ronda una profunda hendidura del tronco del árbol protector.

Por las tardes, allí se juntan todos los mozos, al salir del trabajo, y forman rueda alrededor del rústico yantar; y allí se desarrollan las bromas, revuelan los picantes dichos, se relatan las historias escabrosas, se sacan a relucir las miserias de los hogares campesinos. La sombra del amate es para estas pobres gentes, algo así como un casino. Sin el amate en el patio, entre los ranchos, algo faltaría en su vida.

Bajo el amate se compone la Cruz, al apuntar Mayo, mojado por las primeras lluvias. Allí se levanta el altar, al cual los campos envían, como ofrenda, todo el opulento tesoro de sus frutas, de sus flores y de sus hojas.

El amate canta....Los pájaros le buscan, por más seguro, para elaborar sus nidos. Al despuntar la mañana, en su fronda arde el barullo. El gallo, antes de saltar a tierra, lanza desde sus ramas las postreras clarinadas, que repercuten sonoras. Las gallinas, cacarean. Los *clarineros*, que tienen su desván bien arriba, arman la gran pelotera. Los *clarineros* son los más impetuosos de los pájaros. Y las *guacalchías*, rezongonas como viejas murmuradoras, celebran consejo en las ramas bajas. Por las tardes, a la hora del tramonto, es el escuerzo el que croa, croa, bien abrigadito en la misma profunda hendidura en que a la hora de la siesta rondaba, zumbante, el enjambre de moscardodes.

El amate es sagrado. Intocable. No hay hacha que se atreva a profanar su tronco. La vejez hará a su tiempo presa en él. Irá cayendo su corteza; la hendidura actual ahondará más y más; se mutilarán sus ramas; las hojas le dirán adios, para siempre. Hasta las gallinas le abandonarán. Irán



en busca de nuevo albergue. Y el pobre amate, alzándose como un polvoroso esqueleto, quedará abandonado, solo, en medio del patio, frente al rancho, sobre cuya pajiza techumbre, no caerá nunca más su intenso manchón de sombra.

CAMINO DE LA QUEBRADA




DE EL SALVADOR

I.—Por el estrecho sendero, encajonado entre la doble cerca de piña, van, por parejas, las muchachas.

El sosiego crepuscular, es apenas alterado por el rumor del río cercano, que va rodando entre talpetates y breñales, o bien, por el silbido de algún pájaro retrasado, en busca del nido; o por el sordo murmullo de las hojas de los árboles, como tocadas, de paso, por algunos finos dedos invisibles.

Bajo los ramajes ensombrecidos de las ringlas apretadas de paraisos, altos y flexibles; por el estrecho sendero encajonado entre la doble cerca de piña, que pueblan los bejucos de campanillas y de chonchos y alegran con los diversos matices de sus golpes de flores, van, por parejas, las muchachas.



II.—Camino de la quebrada, a la hora crepuscular, van, por parejas, las muchachas.

El cántaro de barro sobre la cabeza (el barro de la tierra y de las pieles indígenas.) Tostados los hombros y el cuello, que surgen, desnudos, del holgado escote de la camisa. En alto el brazo, sosteniendo sobre el *yagüal*, en una graciosa actitud de canéfora primitiva, el panzudo cántaro de barro.

Por el cielo de la tarde, terso y nacarino, desfilan, rápidos, algunos raigones de nubes, levemente teñidos de carmín. En el horizonte, hay como el reflejo de una fragua. Un resto de luz ribetea las crestas del cerro de Tonacatepeque, (en vigoroso realce en un flanco del horizonte), o bien, al chocar sobre las rugosas hojazas del *chichicaste*, esa misma claridad postrera despide reflejos de un verde metálico intenso. Los sauces, que aparecen diáfanos, y como calados, en medio de la claridad solar, parecen profundos e intensos a la hora del crepúsculo.



III.—A la quebrada, por el agua, van, por parejas, las muchachas.

Silenciosas, casi adustas. Con un reflejo de incurable tristeza de raza cincelada en el rostro enigmático. No cantan, como suelen hacerlo las muchachas que en los versos crepusculares de los poetas vuelven de la fuente. No cantan; pero tampoco se quejan. Caminan, lentas, reposadas, sin apresurarse porque alguien, tal vez, las espere a la orilla de la quebrada, cerca de las claras vertientes. Van, llegan, toman, precisas, el agua. Y lleno ya el cántaro de barro, vuelven al rancho, al mismo paso reposado, con la misma calmosidad, y el mismo reflejo de la incurable tristeza de raza, cincelado en el rostro (del color del barro del cántaro y de la tierra asoleada.)

(Y allà, en el fondo del quiebre, en medio de la montaña, entre las zarzas de los «quequeishques», el agua de la quebrada queda fluyendo de los talpetates en hebras cristalinas. Lenta, gota a gota, cae el agua diàfana y estancada se queda después entre la grama, la arena y los guijos de piedra pómez. Hace temblar apenas la escondida linfa alguna hoja seca que se desprende, y se queda flotando, como desarbolado navío de hormigas.)



IV.—De la quebrada, con el agua en los cántaros de barro, vuelven, por parejas, las muchachas.

Traen la cabeza descubierta; sobre las desnudas espaldas, caen las dos largas y gruesas trenzas rematadas por lazas de listones u ocres. La enagua, recogida y prendida a la pretina, dejando al descubierto, el tobillo, el harmonioso arranque de la pantorrilla. El pie desnudo, deja impresa su huella en el polvo arenoso del sendero. Al ritmo, dejado y cadencioso, de su paso, al través de la tela transparente de la camisa sesgada al hombro, tiemblan los pechos, erectos y apretados, con cierto provacativo temblor gelatinoso. Sus ojos van viendo el suelo. Y su labio, de vez en cuando, se contrae en una mueca inexplicable.



V.—Y nunca el eco de los cantares de las muchachas que vuelven de la quebrada, turba la tranquilidad de la hora crepuscular.

Es una raza triste, abrumada por quien sabe qué legados de ancestrales amarguras. Raza que no ríe; y que al cantar, su canción es plañidera, como humedecida en lágrimas. Se queja de lo que no ha sufrido, de lo que le viene, por ley ineludible, de las profundidades de los tiempos, de la época en que sus antecesores cazaron la puma y el coyote con sus flechas engalanadas de vistosas plumas, y ofrendaron al ídolo, en jarras de piedra, la sangre del blanco. La *zambumbia*, la *caramba*, el *tepunahuaste*, que hoy todavía suelen acompañar sus danzas perezosas e insípidas, contaminadas del sopor solar, o *hacen segunda* a sus tonadas desabridas, se quejan, lloran como ellas. Parecen haber recogido y conservado en la melodía en su pobre música el eco de aquel hondo desconsuelo, el recuerdo de la amargura de aquella raza exterminada. Y al oírla repetir, después de siglos, nuestra levadura indígena fermenta; y honda melancolía invade nuestro espíritu. Nuestra garganta se anuda; y en nuestros ojos rehacios, punza alguna lágrima por quién sabe qué dolor pasado, eterno a pesar.



VI.—Por parejas se van alejando las muchachas que vuelven ya de la quebrada, con su cántaro de barro en la cabeza.

Pasan. Se alejan. Se van empequeñeciendo. Se pierden al fin sus finas siluetas, a lo lejos. Y en el polvo arenoso del sendero queda, moldeado, y parece querer conservar, por siempre, aquella huella tosca.



VII.—Y en el momento en que las cenizas del crepúsculo se ciernen más copiosas; en que la noche se avecina, solemne y reposada, y un gran soplo tibio trascendiente a grama pisoteada, remueve los ramajes de las ringlas de paraísos altos y flexibles, aquel lento desfile de parejas mudas, casi adustas, que vuelven de la quebrada y se alejan, con sus cántaros de barro en la cabeza y en el rostro cincelado el reflejo de la incurable tristeza de la raza, tiene una indecible, una profunda melancolía que ninguno de nuestros poetas ha intentado aún expresar.




DE EL SALVADOR

LA PARTIDA DE LAS CARRETAS




DE EL SALVADOR

—Mapo! Mapo!

Una voz soñolienta contestó, de mala manera y en medio de un ruidoso y dilatado bostezo:

—*¡Quiai?*

—Que te levantés, hombre. *Yeshora* de que *los vàyamos.*

—Bueno. *Hai* voy.

El colchón de tusas crujió en la obscuridad. Un nuevo bostezo retumbó. Después, el dormilón se incorporó a duras penas y a ellas también comenzó a vestirse. Se vestía con una cachaza de anacoreta, haciendo interminable pausa entre pieza y pieza, las dos únicas de su indumentaria: el cazoncillo de *Búfalo* y la camiseta de idem.

Mientras el *Mapo* practicaba su meticulosa toalé, el patojo Carmen, con el puro encendido entre los labios, trajinaba por el vasto patio de la hacienda, despertando a los mozos que dormían sobre las carretas cargadas, entre las ásperas tibiezas de los *matates.*

Los gallos cantaban por tercera vez desde lo alto de los copudos amates. La aguda, la intensa clarinada repercutía por el espacio despertando a los otros gallos, que contes-



taban con otras tantas clarinadas agudas e intensas, como a una consigna, temerosos tal vez de las mitológicas iras de Marte, que aun no sale del lecho de Venus. Todos los gallos, por tradición que pasa a través de generaciones, están al tanto de la suerte que corriera Alectrión, el padre de la prole, según cuenta el Diálogo de Luciano, y estos gallos tropicales no pecan de ignorantes en lo tocante a mitología.

Uno a uno se levantaron los carreteros y fueron, entre los bostezos y rezongos, en busca de sus yuntas—¡Maldita suerte! Cuánto mejor sería quedarse durmiendo a pierna suelta entre las crujientes tusas, y no irse por esas cuestas y esos vericuetos endemoniados, expuestos a romperse el alma!

(En el fondo sosegado de cada campesino hay un rebelde inconsciente).

—Trajeron los bueyes, que todavía rumiaban el último bocado de grama; y mientras los enyugaban, la puerta del caserón de la hacienda se abrió, entre los chirridos estridentes de las enroñecidas visagras. En el dintel apareció el patrón, envuelto en una *manga* chapina.

—Carmen!! Carmen!! ¿Cuántas *anegas llevàs?*

—Cuarenta en las cinco, patrón.

—*Ajà.* Está bueno. Pero *desen apriesa*, que ya es tarde. Ya van a dar las tres.

En ese momento los gallos cantaron por cuarta vez desde lo alto de los copudos amates. Y por cuarta vez, en el espacio tranquilo resonaron los metálicos quiquiriquíes consanguíneos que contestaban, como a la voz de alerta de un imaginaria.

El patrón, sin traspasar los umbrales de la puerta, levantó por sobre la cabeza el farol para alumbrar el grupo de carreteros, intentando descubrir la figura de determinada persona.



—Carmen!!! No te *olvidés* de *trer* la media de *criolina* para la ternera que está engusanada.

Entre la sombra y los chirridos de las coyundas que iban afianzando las cornamentas a los yugos, una voz contestó:

—*Güeno*, patrón.

—Ahh! Y a la vuelta, cuando *pasés* por el pueblo, *vas* a ver a don Jesús y le *decís* que si al fin le mando los cuarenta pesos de dulce o no.

—*Güeno*, patrón.

—No se te olvide, — repitió, mientras volvía a cerrar la puerta entre los mismos chirridos estridentes de las enroñecidas visagras.

—*Güeno*, patrón!—añadió maquinalmente Carmen entre las sombras, mientras con vigorosos tirones apretaba el *ñudo* al barzón.

El horizonte íbase aclarando más y más. El cerro de Guazapa, fronterizo, parecía una formidable ola pizarrosa pronta a caer sobre ellos y aplastarlos. El canto agudo y persistente de los grillos entre los escobillales rayaba el ambiente matinal. La niebla se desgarraba, enredándose entre las ramazones de los árboles, o arrastrándose por los suelos. El calichoso esqueleto de algún jocote comenzaba a diseñarse sobre el fondo gris con indecisos rasgos.

—*Amonós pué!*—gritó uno de los carreteros, puyando sus bueyes.

Las carretas comenzaron a caminar entre el crujido de los ejes y el rastrear de las ruedas.

—Torditóoo!

—*Ándele*, Capitán!

—Chiltóoto!

Las puyas golpeaban con varazos secos y repercutientes la madera del yugo, para estimular a los tardos animales.

Las carretas, traspasada la puerta de la hacienda, comenzaron a descender la cuesta. Se oían los porrazos en las piedras y en los



baches. En la lejanía, el río estruendaba entre los peñascos.

Momentos después, la tranquilidad volvió a reinar en el extenso patio de la hacienda. Del corral cercano se alzaban los mugidos húmedos y prolongados de las vacas allí aglomeradas. La niebla habíase borrado por completo, dejando percibir en todo su dibujo el conjunto del paisaje. Los gallos de los amates cantaron por quinta vez. Cacarearon las gallinas. Un perro ladró a lo lejos.



ELOGIO DE LA CHICHARRA




DE EL SALVADOR

En las sumidades del seco ramaje, entre las escasas hojas deshilachadas y polvorientas que perduran fijas a las ramas tostadas, de cara al cielo, la chicharra frota sus élitros desesperadamente, como cuerda, única y vieja, en la caja de un violín fracasado.

La chicharra hace resonar su canto en el aire sofocante. Y entonando las Letanías del calor, y celebrando el Triunfo de la Siesta ardorosa, parece querer aturdirse ella misma, y naufragar, disolverse acaso (como un grano de incienso entre brasas) en las ondas flotantes de ese ruido metálico.



* * *

Las dos únicas notas de su violín fracasado, dos únicas pobres notas, se alternan a la iniciación del canto, una a otra, una a otra, despaciosas, como arrastradas, para luego, en un furioso acrecentamiento, cada vez más vivo, cada vez más estrepitoso, amalgamarse en una sola vibración, amplia y envolvente. Canción senil y aislada, áspera hasta la desesperación, cortante al oído como el filo de una espada, agria como el rasguño de un diamante sobre una lámina de cristal.



Y vista al sol, sobre el dorado fondo del complicado ramaje, entre las vacilantes hojas secas, adherida como una garrapata a la polvorienta corteza con su red de patitas de seis articulaciones, tiene su menudo cuerpo abroquelado, reflejos de cobre en la caparazón, destellos de cristal en las alas sutiles, brillos de gema en los ojos a facetas; y toda ella, menuda, adherida como una garrapata a la corteza terrosa, modelada sobre el fondo del entreverado ramaje, entre las hojas doradas y vacilantes, irradia como un preciado joyel de la Naturaleza.

Y en el ambiente aletargado del mediodía, en medio del sopor, la pobre música de la chicharra, aislada, agria, fastidiante, tiene casi el inefable encanto de una melodía perdida y adivinada después de años, por casualidad, en un rincón apartado de la memoria.



* * *

En el silencio canicular, la chicharra canta.

Canta la laxitud de la hora.

Canta al sol que arde en el cenit y corroe la tierra como un ácido.

Canta el bochorno de los potreros en que el ganado sestea, asediado por los tábanos.

Canta la tierra chamuscada, bajo la cual la simiente fecunda.

Canta a la yunta desuncida que descansa, y al labrador que duerme a la sombra del árbol, la charra de palma embrocada sobre la cara.

Canta al maizal que dora sus millones de mazorcas. Y al cañaveral, extendido hasta perderse de vista, y que empompona sus *chipustes* de compactos plumeros de plata, como escuadrón de coraceros listo para un desfile en honor de la Ceres tórrida.

Canta a los ramilletes de *shilas* que florecen en explosiones de laka roja (los ramilletes de *shilas* que toman, bajo la crudeza del sol, un aspecto fantástico: el de una aglomeración de brochas empapadas en sangre fresca: toda la sangre de muchas vidas, acaparada y consumida, como un óleo cabalístico que aliente, que avive hasta la exasperación, el esplendor de un espec-



táculo de estetismo bárbaro: todo un sacrificio, para sugerir una intensa sensación primitiva.)

Canta la tranquilidad metálica de las charcas, cuyas aguas catalépticas se cubren con la nata de la lama, como de un mugriento sudario.

Canta las suntuosas colgaduras que forman las marañas de *pica-pica,* tendidas de árbol a árbol, y en las que el mórbido matiz morado oscuro sugiere la idea de la túnica inconsútil del divino Nazareno; y a los girasoles que, erguidos sobre sus tallos lianescos en actitudes mayestáticas, siguen el curso del sol, contemplándole cara a cara, sin deslumbrarse, como a un igual.

Canta a los *pijuyos* que dormitan entre los desponjos, como un florecimiento de hongos de ollín; al *talapo,* que procrea en su cueva; a la negruzca *tepelcúa,* de doble cabeza, que se cela entre los cercos; y a las incansables *guacalchías*, que fabrican sus nidos entre los zarzales, erizados como apiñamiento de puntas de clavos roñosos.

Canta a los salamos, roídos por la carcoma, todos cubiertos de ronchas de escabros y de los garfios acerados de las parásitas, viejos druidas de las montañas, tal vez venerados por nuestros antepasados, y hoy pasto seguro del hacha tiránica del leñador.

Canta sobre todo al Calor . . . En él nace; en él vive; en él goza y se reproduce; y en medio de él se muere de vieja, como una abuela achacosa en su cama matrimonial de arcaica ebanistería, entre encajes rancios y lienzos olorosos a alcanfor.

14



* * *

Y mientras las hojas se abarquillan, y crujen, martirizadas por el calor, y caen en áureo aluvión y alfombran suntuosamente el suelo, la chicharra, ebria de sequía, prendida al tronco terroso, entre las ramas escuetas, mira al cielo que arde, y al sol, redondo, ígneo como rodela de hierro sacada por la tenaza del horno crepitante de la fragua; y su canto primitivo, su pobre frase repetida hasta el cansancio, y vieja como el Mundo y la Leyenda, vibra en el aire sofocante, con estridente ruido metálico, llena de sugestiones estivales y adormecedora como ingénua tonada de nodriza.



LA QUEMA




DE EL SALVADOR

En medio de la negrura de la noche (intensa mezcla de betún y de ollín) ni tan siquiera aclarada, levemente, por el brillo parpadeante de un sólo lucero, el espectáculo de la quema se desarrolla con todo el vigor espectral de una escena dantesca tratada por el crayón de Gustavo Doré.

Negra y honda la noche espectante, tal parece que en la superficie del cielo, ahogada en la onda de sus espesos betunes y la legía grasienta de sus ollines, la luz del día no volverá a brillar nunca más. Parece que en aquel cielo no volverán a abrirse más los lirios rosados de la aurora, ni los girasoles del medio día seguirán el curso del sol, ni las violetas pálidas del véspero caerán una a una en las faldas de negro crespón de la noche que avanza, pensativa y sola. Aquella Estigia no espera más que la surque la barca de Caronte; la lámina de aquel lago tétrico no puede prestarse más que a esos fúnebres transportes.

Sorda, y como en la espera de un trágico suceso, la noche despliega todo su tesoro luctuoso. Sin un aliento, y con cierta modorra canicular perpetuando en la atmósfera. Sosegado el viento. Sin un murmullo



la Naturaleza aletargada, sin que en el fondo de ese pesado sopor nada acuse la misteriosa palpitación de la vida. Parece que la inmovilidad y la adustez del cielo, la hubieren contagiado. La Naturaleza, así muda, así silente, parece petrificada. El Tiempo la ha muerto. Pan ha huído. Y en el fondo de las selvas, el eco de la siringa se ha apagado. Sobre las hojas secas que alfombran los senderos, apenas queda la huella aguda de su hendida pezuña. Ha terminado la era dionysiaca. Caronte extiende el brazo nervudo que empuña el remo fatal, y su sombra se alarga por el mundo. Cielo y tierra tiemblan de pavor. El negro, negación de color y de luz, degüella todo tallo de luz que amaga despuntar, con su hoz de implacable segador, y estruja, y desmenuza entre sus tentáculos de pulpo toda gloria de tintes, todo asomo de alegría. El negro es fatal. Es el color de la muerte.

Las llamas de la roza, vistas de lejos, sugieren la idea de las hogueras de un aquelarre. Acercándose al misterio, por la senda estrecha y coruscante, entre la maleza, despuntan en la memoria las estrofas de la *Walpurgisnactstraum*, en el primer *Fausto* de Gœthe. Y la visión se agranda, así magnificada por el espíritu de la poesía; y el ojo, y la imaginación, le prestan proporciones fabulosas, que hacen, en la fuerza de la sensación, perder la noción del lugar y el instante, y en alas de la fantasía, transportarnos a los linderos de un país que nunca hemos sospechado y en el que acontecen cosas como las que sólo los poetas saben y cuentan.

Una corona de fuego circunda la planicie del lomazo; y sobre el fondo del horizonte, como sobre un espejo que aumentase la visión, el incendio adquiere, por grados, la majestuosidad de lo fantástico. Un hervi-



dero de llamas circunda la planicie. Altas, sin abatimiento alguno, en roja corona de sangre inflamada, parecen alentarse, como en un óleo, en la savia de la tierra, y arder en holocausto de alguna deidad misteriosa y terrible.

Poco a poco, al cundir el fuego por la roza, las llamas se concentran, espesándose, caminando insensiblemente. No son ya corona de poder infernal: son como el formidable enmadejamiento de una cabellera ígnea alborotada por el pavor. Crecen las llamas, alargándose, ondulando, quebrándose en zig zags, serpenteando como nidal de sorprendidas víboras. Sube el humo, y forma al espectáculo imponente toldo; las ramas secas, presas del voraz elemento, crujen al arder; silban los bejucos verdes todavía, como papalotas achicharradas por la llama de una vela; las hojas consumidas crepitan; se retuercen al carbonizarse los troncos mutilados por las hachas, como en paroxismos de intenso dolor; las pavesas vuelan, se elevan, estallando en lo alto sordamente, llenando un fragmento de sombras con la estupenda crepitación de sus rubíes.

En un flanco, en la boca de una cañada, ilumínase un grupo compacto de cocoteros, altos y rectos, inalterables en su heráldica actitud, inmóviles los plumeros, como en un motivo de apoteosis, y a la vez, toda la mar de crestas de las montañas colindantes, se ensangrienta. Entre los troncos alineados, percíbese una perspectiva profunda de nave abandonada. El reflejo violento del incendio ilumina la aglomeroción de follajes de los que, a trechos, los manojos de bejucos requemados cuelgan como zogas de ahorcados, o las marañas de *pica-pica* parecen enmadejamientos de gusanos negros y peludos. Entre los troncos, enfilados como pilastras de acero, o de basalto, o de ve-



teado mármol, o bruñido bronce, ya rectas, ya curvadas, deformes, rajadas, alguna proyección roja, que rompe la espesura de la bóveda, ilumina la alfombra de grama, mullida como una zalea, y enciende las ronchas lila de la meñuda *borraja;* el gris de cáñamo de los plumeros del *chimaliote;* la vara violada y sonante del *chichinguastón;* los hisopos, de un rojo detonante, de las *sanguinarias;* los apiñamientos de campanillas rastreras, los madroños rosados de las zarzas greñudas y hostiles; las aglomeraciones de cuentas, pintadas de magento, y en forma de tirso, de la *vara de chacha;* las matas de *botoncillo*, nevadas de diminutos capullos; las guías de *mocos de chompipe*, de las que penden las flores extrañas, flores de imaginación enfermiza, de configuración y perfumes obscenos. Todo el conjunto fulge, chispea, resplandece. La mullida zalea de la grama, de un verde mineral, presta un fondo lujoso a toda aquella iluminación de colores: antójasenos el terciopelo sobre el que toda aquella floración ha sido bordada con las más intensas y más brillantes de las sedas: una colcha sobre la cual se consumarán las nupcias de la Ceres tórrida.

En tanto que las llamas, en la planicie de la loma, siguen concentrándose, las orillas quemadas, sonoras todavía, se van apagando gradualmente; y entre las cenizas, el esqueleto carbonizado de alguna rama, parece de metal incandescente, lista para la forja.

Y cuando se apagan las últimas crines de llamas, cuando las últimas coronas de chispas se borran, cuando la Fiesta del Fuego ha terminado por completo, la noche vuelve a tender sus lutos solemnes sin las lágrimas de plata de una sola estrella; y por sobre la planicie de la loma jibosa, la noche es todavía más obscura, y el horizonte todavía más profundo.



VIDA DEL «CALERO»




DE EL SALVADOR

Nadie como él por todo el contorno. Nadie. De la primera a la última ceiba del valle, todo el mundo está en perfecto acuerdo: «nadie como el *Calero*.»

Alto, macizo como un troncón de cedro. Rebozando salud, trasvertiendo tranquilidad. Curtido por el sol, greñudo, semi indómito. Con unas manazas y unos biceps de gigante. No hay, nadie duda, quien aventaje al *Calero* en el trabajo. Y a la vez, raro es quien le vaya en zaga tocante a honradez y respetos.

El Calero es propietario en pequeño. Le haremos, en premio de su buen comportamiento, el honor de llamarle así, siquier su propiedad no alcance las dimensiones que un pañuelo de hierbas. En el *guatal*, unas cuantas tareas de terreno fértil, cercado de piña y brotones de palopique, se condensa toda la fortuna del honradote *Calero*. Dentro, además del rancho de *tazacualeadas* paredes, y conífero techo de zacate de Castilla, bien prensado y sujeto, yace en un rincón del patio, limpio y apisonado, bajo el amate imprescindible, la deshunciada carreta y la piladera. Más a un lado, hacia la puerta de golpe del potrerito, el *chiquero* en el que una mancuerna de



cerdos aturde con sus gruñidos desapacibles. A la sombra escuálida de un palo de pito, está también la yunta de bueyes, en amable compañía de la yegua tordilla y de la vaquilla lechera. Dentro de tan estrecho recinto, cabe todo. Y en el corredor del rancho, cerca del poyo de adobes en que humea la olla y se caldea el comal, la mujer del *Calero* muele el *nistamal* en la piedra y va echando las tortillas. Un perro duerme al calor del fogón. Unas dos docenas de gallinas cacaraquean, picoteando el suelo, sin que nadie las espante.

Algunas veces, el *Calero* trabaja fuera de casa *para no dejar de ganar lo que se pueda*, y en conformidad con la máxima de «lo que abunda no daña.» Esos días se levanta muy de mañanita, y despidiéndose de su mujer, se encamina al trabajo. Es el primero en llegar, y a su vez, el primero en rematar su tarea, y márchase. Antes que el sol despunte sale de casa, y antes que el sol se oculte, está de vuelta. Y allí le veréis, sentado en el corredor, muy cerca de la piedra en que se tritura el *nistamal*, desgranando maíz para las gallinas que se arremolinan, cacareantes, alrededor del canasto repleto de mazorcas. Algunas veces, cuando «está en vena», así que remata su tarea con las gallinas, así que ha apersogado a la yegua, siempre junto a la vaquilla, suele sacar el acordeón de su caja, y darse al repaso de su repertorio musical.

El *Calero* tiene fama de hombre de economías. El señor Jencho asegura, muy formalmente, que en el tabanco anda bien oculta por los rincones la *anona* de dinero. Y cuando el difunto Guzmán trató de vender su yunta de bueyes, le dió por ella sesenta pesos *bamba sobre bamba*. Año con año siembra sus manzanas de milpa en la



hacienda y entroja el maíz, *esperando a que valga*; y lleva todos los sábados sus tres, cuatro fanegas a venderlas a la ciudad. No debe nada a nadie. No echa tragos, ni tienta dado ni carta. En una fiesta de Santa Catarina, de memorable recordación, se estrenó una *mudada* de casimir, la que después de tantos años conserva en el fondo de la caja, en perfecto estado, bien dobladita y envuelta en una toalla. Esa mudada sale de su encierro, toda arrugada, llena de pliegues, solamente cuando repican gordo; esto es: dos veces al año: para Semana Santa, para ir a los oficios y al Santo Entierro, y el día de Santa Catarina. Cuando eso sucede más de algún zumbón envidioso le *levanta una ficha*, cosa por la que el *Calero* rehuye siempre *el vestirse de señor*. Todos los domingos va a misa. No deja ni uno solo de hacerlo, a menos que esté en cama, imposibilitado de dar un paso fuera del rancho. Las tardes de esos días, en que Nuestro Señor decretó descanso, las ocupa en jugar pelota en el patio de *ña* Antonia, o sentado con los demás de *La Junta* en los talpetates de la «Cuesta del Burro» se divierte oyendo las *chucanadas* del *Guatón*, o dando coba al *Macho*, al pobre *Macho*, que es un alma de cántaro.

Hay un oficio en que el *Calero* es un especialista sin rival: el de puntero. Nadie que sepa limpiar una perolada, ni dé punto al dulce como él. El señor Manuel Melara le ocupa todos los años; y eso, que el señor Manuel *sabe de caña* que es un portento. El *Calero* saca el dulce blanquito y duro, tan duro, que si se tira una *tapa* contra el suelo, apenas se astilla. Su sueño dorado ha sido, toda la vida, tener *molienda* propia; pero no se ha atrevido. La gente da de esto mil versiones: la más aceptada es la de que no se ha hecho así, porque la señora



Petrona, su mujer (que parece que es quien lleva en casa los pantalones), no quiere, porque el oficio es muy compendioso.

Y así, buenazo, macizo como un tronco de cedro, rebozando de salud, trasvertiendo tranquilidad, curtido por el sol, greñudo, semi indómito, y con un par de manazas y unos biceps de gigante, va el *Calero* pasando su vida tranquilamente, ni envidioso ni envidiado, de la tarea al rancho, del rancho a la tarea, esperando a que Dios sea servido en llamarle a su santa guarda.



EL PASO DE LA RECUA




DE EL SALVADOR

Cae perpendicularmente el sol. Cae perpendicular, encendiendo ofuscantes reflejos en el polvo calizo de la carretera.

Es la hora del mediodía. La hora propicia en que los *garrobos* toman el sol en la cúspide pelada de los árboles; y en que las culebras se enrroscan, amodorradas, entre las requemadas macollas.

La Naturaleza parece aletargada. Sumida en un sopor de plomo, en medio del cual apenas repercute, estridente, el agrio chirrear de las chicharras y de los *chiquirines.*

A ambos lados del camino se enristran, hasta perderse de vista, las cercas de piña, cuyo verde esmaltado, deslustra espesa capa de polvo. Las enredaderas, interpoladas entre las pencas espinosas, se han marchitado; y el entreveramiento de sus bejucos tostados, evoca en la imaginación, enjambre de víboras en celo. La hora es ardiente. Los pájaros han enmudecido, dormitando la siesta. Solo unos cuantos *pijullos* resisten la temperatura, saltando con torpezas de tullidos, por entre los varejones de las escobillas. Van, armando una batahola de mil diablos. Para los *pijullos* la hora del mediodía, es hora de delicias. Y en medio al

fuego canicular, ellos están como en su elemento, felices, satisfechos. En la soledad de un potrero, unos cuantos bueyes, echados a la sombra enrarecida de unos *huachipilines*, rumian despaciosos, lentos, entrecerradas las pupilas, la última brizna de hierba ramoneada. Los moscardones les acedian tenazmente, entre zumbidos que repercuten con vibraciones de enjambres de avispas; pero ellos parecen no darse cuenta, sumidos por completo en la beatitud del momento. El cono de paja de un rancho, resplandece como una colmena de oro. Al abrigo del corredor, sobre el suelo apisonado, varios perros éticos dormitan, mientras las gallinas les picotean entre las costillas, persiguiéndoles las pulgas. En el poyo el rescoldo humea. La mano descansa en la piedra de moler acabada de lavar. Unos cuantos pollos desplumados revuelven en un rincón un destripado *matate* de tusas. El rancho duerme, rodeado de las inmóviles cepas de plátano, entre la lluvia de flores rosadas que botan los *caraos*.



* * *

En el promedio de la carretera, entre los troncos macheteados de unos *quijinicuiles*, y al abrigo de sus tupidos follajes, están, desunidas, hasta ocho carretas. Cubre el cargamento de las carretas, cueros de res sujetados por lazos. Los bueyes, desenyugados, han sido apersogados a los troncos de los mismos *quijinicuiles*, hozando en los manojos de zacate despenicado. Las doradas hojas, los tostados tallos, crujen entre los dientes que los trituran. Bajo las camas de las carretas, sobre el caldeado colchón de polvo, con la charra embrocada a la cara, los carreteros duermen a pierna suelta. Por entre la abierta sesgadura de la camiseta grasienta, el velludo pecho se descubre. Los carreteros roncan con estrépitos de fuelle en maniobra. Los moscardones zumban. Y la uniformidad de sus monocordios, arrulla el descanso de esos rudos transeuntes. Por el tupido follaje de los *quijinicuiles* se van colando, se van filtrando encajes de sol, los que se calcan sobre el piso, y ponen en la monotonía gris de la capa de polvo la alegría de frágiles bordados de oro, como en una frazada de gigante.



* * *

De pronto, una nube de polvo se levanta a lo lejos, al término del camino.

Primeramente aparece en espirales fijas, como si fuere la humareda de una quema. Luego, por momentos, se va acercando. Y conforme se acerca, toma mayores proporciones. Ahora, asciende en espeso manchón que se dilata, ensuciando la limpidez reververante del cielo, en que el azul es de cobalto. La columna se acerca, arrastrándose, envolviéndolo todo a su paso. Entre la columna de polvo, suena un recio pisotear de cascos. Es una recua de mulas cargadas, que llega, que pasa, que se aleja, estimulada por sus propios pujidos, y por el restallar de los *azeales*. Y conforme la estruendosa recua se aleja, la espesa nube de polvo se va aclarando. Poco a poco va enrareciéndose, va dejando descubrir entre su cortina, trozos del paisaje. Y no es sino cuando la última partícula flotante se asienta, que todo brilla como antes, uniforme, bajo el sol ardiente e impetuoso.



LA QUEBRADA




DE EL SALVADOR

De entre un montón de piedras guateadas por el musgo, de entre los helechos, que se desarrollan como árboles en la húmeda penumbra, nace la quebrada.

Gota a gota fluye el agua: gota a gota, gota a gota se desliza sobre el musgo, como despenicada sarta de cuentas de vidrio, y rodando hasta el borde de la última de las piedras amontonadas, vacila un tanto, tiembla, brilla como un diamante, y al fin se desprende, y se aplasta.

Y ese goterío que cae, incesante, con matemática precisión, va formando entre los guijos roídos por la humedad y entre la grama mullida, un exiguo charco cristalino.

Húmeda sombra le cobija. Tramazón intrincada de ramas, forma cúpula impenetrable a aquel rincón arcadiano. Ningún rayo de sol se abrevó jamás en su escondida frescura. La nitidez, la tersura de su linfa, jamás se vió turbada; su tranquilidad, nunca, nunca, se alteró. Cuando más, el agua del charco se arruga, momentáneamente, a la caída silenciosa de alguna hoja dorada; o se siente rayada por las patas de una *aguja del Diablo*, o de un *quiebrapalitos*. Otras veces se anima, reprodu-



ciendo, en frágiles temblequeos, el reflejo fugaz de las hojas.

Los berros crecen en sus orillas, a la sombra protectora de las anchas hojas de *quequeisque*, nervudas y membranosas, y entre sus tallos delicados y transparentes, rezuma la *espuma de zapo.*

De las ramas de los árboles circundantes, vendadas por el muérdago, cuelgan grandes rollos de bejucos de *comemano* y de *conte*, que se agarran a la tierra con su red intrincada de raíces y forman con sus cuerdas una trama negruzca que recuerda el arbolado de un barco noruego. La humedad constante hace brotar una multitud de flores, de formas y colores inusitados. Algunas de esas flores rústicas, adquieren un desarrollo que raya en lo artificioso. Por sobre esa pedrería que encuadra el charco, las mariposas, gemas que vuelan, se aparejan, revoloteando sin cesar, y produciendo en sus espasmos, vivo y estridente chasquido, idéntico al repiqueteo de las castañuelas.

La cuenca cristalina se colma, y el agua rebaza, perdiéndose en regajo raquítico entre la grama que estimulada por la frescura cunde como el vellón de una zalea. El arroyo corre oculto: apenas un ligero y casi imperceptible rumor glutinoso, denuncia su paso. Se desliza así, tranquilo, inviolado, hasta que al salir de la montaña, al abandonar los troncos tiñosos, los breñales aplastados por las enredaderas floridas, la grama mullida y esmaltada por rústica pedrería, se lanza a lo descubierto, bajo el cielo despejado, bajo el sol que lo acaricia con sensualismo de viejo caduco. El regajo inocente se engruesa. Su línea es entonces sinuosa, entre los *talpetates*, a la sombra de los pelados *madrecacaos* y entre los manchones de azufre de los *huachipilines* en flor. A él baja a abrevarse el ganado. En la rutilante arenilla de sus riberas, deja im-



presos sus cascos el venado receloso. Las hojas secas, navegan en escuadras liliputienses, arrastradas por la corriente. En su seno, bullen enjambres de *chimbolos.* Y entre el zacate que nada en las orillas, la rana ejecuta por milésima vez su *berreberre* intolerable. La pobre cree agradar a la Naturaleza con su música estúpida, y liriza a toda hora del día.




DE EL SALVADOR

LA MUERTE DEL COPINOL


DE EL SALVADOR

Los golpes de las hachas resonaban por todos los ámbitos de la montaña. Resonaban, estridentes, engrandecidos por el eco. Las hachas mordían el tronco del viejo copinol, cuya enroñecida corteza saltaba en fragmentos a los rudos golpes de los hachadores.

El viejo copinol iba a caer. Por momentos crujía su ramazón, como la arboladura de un navío en medio del vendabal.

—*Jalà* ese lazo un poquito!

El árbol aparecía, prisionero entre una red de cuerdas tendidas en todas direcciones, como entre una desmesurada tela de araña.

— Más *juerte. Tilintià* de ese lado!

Se oía el fuerte jadeo de los que tiraban de las cuerdas, mientras las hachas seguían cayendo, cayendo intermitentes, sobre el tronco.

La vida del viejo copinol tocaba a su fin.

¿Quién hubiera dicho al árbol centenario el fin que le esperaba?

Tantos años fijo ahí, todo cubierto por la sarna del tiempo, vacío de nidos, abrigador de *iguanas* y *garrobos,* devorado por las parásitas, pero siempre recto, siempre fuerte, siempre imponente. Parecía desti-



nado a vivir una eternidad; a esperar, así, el fin del mundo.

Y ahora iba a caer, como todos. La montaña entera parecía sobrecogida de dolor y de espanto. Uno de los patriarcas moría despedazado. Y hasta los pájaros, que en vida huían de él, y de él se burlaban, ahora enmudecían de tristeza. Los golpes de las hachas, alternándose, repercutían en el corazón de la montaña. Los hacheros, desnudos de la cintura arriba, estaban empapados en sudor. Sus velludos pechos bronceados, palpitaban como fuelles. Y bajo la piel de sus brazos vigorosos, los músculos en tensión se acusaban como cables.

El sol caía de plano, incendiario. En el silencio que se hizo, interin los verdugos descansaban, el rumor de la montaña parecía ser un prolongado y sordo lamento. A lo lejos, ruidoso, estrepitoso, sonaba el río. Una urraca parloteaba en un *caulote*, mientras en el tronco descabalado de un laurel zumbaba una colmena.

FIN.



ÍNDICE




DE EL SALVADOR


DE EL SALVADOR


DE EL SALVADOR

«El Libro del Trópico» se acabó de imprimir en los talleres de la Imprenta Nacional de El Salvador, el dia 23 de Abril del año de 1915.




DE EL SALVADOR